

La huelga

Berta Hiriart



Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval



Tarde o temprano iba a empezar la lluvia

M. B. Brozon



Chimichurri

Norma Muñoz Ledo





COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera Electoral ROSA MARÍA MIRÓN LINCE

INTEGRANTES

Consejera Electoral MARÍA ELENA HOMS TIRADO

Consejero Electoral BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

DIRECCIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

Yolanda León Manríquez, directora ejecutiva

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Autores: M. B. Brozon, Bertha Hiriart, Jaime Alfonso Martínez Sandoval y Norma Muñoz Ledo

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Ira. edición, noviembre de 2002

Ira. reimpresión, agosto de 2005

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 968-5505-97-7

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-43-4

La huelga

Berta Hiriart



Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval



Tarde o temprano iba a empezar la lluvia

M. B. Brozon



Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

La huelga

Berta Hiriart

9



Unidad Lupita

Jaime Alfonso Martínez Sandoval

29



Tarde o temprano iba a empezar la lluvia

M. B. Brozon

67



Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

107

2

Colección de cuentos *Abriendo Brecha*

INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero Presidente: JAVIER SANTIAGO CASTILLO
Consejeros Electorales: EDUARDO R. HUCHIM MAY
RUBÉN LARA LEÓN
ROSA MARÍA MIRÓN LINCE
RODRIGO A. MORALES MANZANARES
JUAN FRANCISCO REYES DEL CAMPILLO LONA
BERNARDO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

SECRETARIO EJECUTIVO: ADOLFO RIVA PALACIO NERI

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: ERNESTO HERRERA TOVAR
Suplente: RAÚL HERRERA ESPINOSA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: JUAN MANUEL VICARIO ROSAS

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: JUAN GONZÁLEZ ROMERO
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADRIÁN PEDRO CORTÉS

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: JORGE LEGORRETA ORDORICA
Suplente: ZULY FERIA VALENCIA

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

PRESENTACIÓN

El libro que tienes en tus manos representa parte de un ambicioso proyecto que en el Instituto Electoral del Distrito Federal nos hemos propuesto hacer realidad.

Abriendo Brecha forma parte del Programa Editorial de Divulgación de la Cultura Democrática, que venimos impulsando desde el año 2001. Queremos construir un ágil canal de comunicación con jóvenes como tú, que tienen deseos de acercarse a expresiones literarias que les resulten cercanas y de actualidad, y que además les aporten conocimientos sobre la vida.

En los cuatro relatos que lo integran, los personajes viven, igual que tú, una realidad que los confronta, les plantea disyuntivas, los obliga a optar, a cuestionarse, a definirse. Una realidad social que no es fácil, como no lo es nunca la vida en una gran ciudad.

Los autores abordan, desde diversas perspectivas, los valores fundamentales de la convivencia humana. Estos valores, como bien lo sabes, son un sólido soporte para la construcción de una ciudadanía más responsable e interesada en los problemas de la comunidad.

Desde este espacio buscamos proporcionarte información que te pueda servir para formarte una mejor idea del mundo que te rodea, y qué mejor que el vehículo sea cada uno de los relatos de escritores con amplio dominio de su oficio, quienes te harán descubrir y experimentar formas de convivencia que seguramente te resultarán significativas.

Te invitamos a entrar, sin más demora, en contacto con estos escritores que brindan un interesante abanico de percepciones, sentimientos y sensaciones que, seguramente, no te son ajenos, es más, tal vez te sorprenderá advertir que están ahí contigo, esperando hacerse presentes en tu convivencia cotidiana.

Esperamos que en este viaje por la “república de las letras” –representada en esta ocasión por “Abriendo Brecha”– la imaginación y la sensibilidad se conviertan en tus principales anfitrionas y compañeras.

La huelga

Berta Hiriart

Berta Hiriart nació en México a mitad del siglo xx. Desde 1970 se dedica al teatro, el periodismo, la literaturara y la coordinación de talleres creativos en estos campos. Ha publicado cuentos, novelas y obras de teatro, para chicos y para grandes, algunos de los cuales han sido premiados y traducidos a otras lenguas. Actualmente es integrante del Sistema Nacional de Creadores Artísticos.

Entre sus obras se encuentran *De otras realidades* (Editorial Tava, 1966) y *Lejos de casa* (UNAM, 1997); las novelas cortas *Feliz año nuevo* (Editorial Tava, 1994) y *En días de muertos* (Editorial Brujas y Ballet Arizona, 1977, y reeditada por Editorial Everest, 2001); las obras de teatro *El deseo de Tomás* (Editorial Corunda-Conaculta, 1996), *Ensayo de luces* (Editorial Árbol, 1997) y *Fiona y la cornamusa* (Editorial Corunda-Conaculta, 1999); los cuentos para niños *La Bienvenida* (Editorial Sámara-Conaculta, 1994), *Las aventuras de Güicho Quintanilla* (Editorial Selector, 1996) y *El club del revés* (Editorial Corunda-Conaculta, 1998).

Llevábamos una vida muy normal hasta que a mi mamá se le ocurrió su brillante idea. Nos la comunicó un sábado en la noche mientras los demás integrantes de la familia nos encontrábamos atareados en distintas cosas. Mi papá leía el periódico, Gus libraba una batalla interestelar en su maquinita, Rufo veía un programa sobre los chimpancés y yo me pintaba las uñas.

Ella bajó por la escalera de caracol que llevaba a la azotea con un cargamento de ropa, tan alto que le tapaba la cara, y gritó:

—¡Hey, alguien ayúdeme!

Pero nadie consideró que ese “alguien” fuera dirigido a sí mismo. Creo que mi papá y mis hermanos ni siquiera desviaron la vista para mirarla. Yo sí, pero el barniz morado de mis uñas aún estaba fresco, de modo que me era imposible responder al llamado. Entonces, de golpe, mi mamá soltó el montón de ropa sobre el piso y anunció:

—Muy bien, si nadie quiere colaborar, se acabó, ¿me entienden?

Esta vez todos nos volvimos hacia ella, pero sólo por un instante. Estábamos acostumbrados a ese tipo de escenas. Cada tanto mi mamá se sintonizaba en esa frecuencia emocional que mi papá calificaba de nerviosa y yo de histérica. Sabíamos que a continuación vendría un sermón acerca de nuestra falta de solidaridad. Diría:

—Yo también trabajo toda la semana. Y el hospital cansa, ¿saben? Camino del tingo al tango todo el santo día, en una gran tensión porque atender a 20 pacientes que pueden morir si olvido ponerles la inyección es algo realmente agotador. ¿Por qué me tiene que tocar atender sola todos los asuntos de la casa, eh? Díganme una sola razón. Aquí ya no hay bebés, todos pueden hacer algo.

Mi papá intentaba calmarla con algunas palabras que más bien lograban lo contrario:

—No exageres, mi vida. Todos hacemos lo que está en nuestras posibilidades. Hoy, por ejemplo, yo fui a comprar las pizzas para que no tuvieras que cocinar.

—¡Es lo mínimo! Y lo hiciste porque te quedaba en el camino al puesto de periódicos.

—Bueno, lo de los periódicos es parte de mi

trabajo. Soy empleado del IEDF,¹ no se te olvide. Estamos construyendo la democracia. Tengo que estar informado de lo que pasa en el mundo.

—¿Eso qué tiene que ver?

Cuando llegaban a este punto, mis hermanos y yo nos escurríamos hacia nuestros cuartos. No queríamos ser testigos de un pleito más entre mis papás, que sólo tenía fin cuando él exclamaba:

—Así no se puede, voy a tomar aire.

Aunque en realidad, lo que iba a tomar eran unos cuantos tragos en la cantina.

A la mañana siguiente a esas discusiones siempre hallábamos a mi papá dormido en el sillón. Pero de ahí no pasaba, porque, en general, para la hora del desayuno mi mamá había olvidado el asunto.

También, algunas veces, nos tocaba el fusilamiento a nosotros:

—¡Levanten sus cuartos, por piedad! ¿Qué les cuesta? Ya debe haber nidos de ratones.

Pero nosotros, al revés que mi papá, no nos enganchábamos. Más bien le dábamos el avión:

—Sí, ahorita.

¹ IEDF son las siglas del Instituto Electoral del Distrito Federal.

Sólo Rufo, que era de un carácter filosófico, caía en la trampa de argumentar:

—Es mi cuarto, ¿no, ma? Déjalo estar. No lo limpies. A mí me tiene sin cuidado que la cama no esté hecha o que haya ropa y trastes sucios por todas partes. Así vivo a gusto.

—Bueno —decía mi mamá—, vivirás en una pocilga, si quieres, pero cuando tengas tu propia casa y te puedas mantener. Aquí, no.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, las cosas se deslizaban tranquilas. Entre semana, todos estábamos demasiado ocupados para discutir. La primera en levantarse era mi mamá. Aunque mis hermanos y yo volábamos al alba para llegar a la escuela —Gus y yo a la secundaria, y Rufo a la prepa—, un licuado y el almuerzo respectivo para cada quien estaban listos antes de salir. Mi papá nos llevaba. De ahí se seguía al trabajo, de donde volvía entrada la noche, igual que mi mamá. Nosotros, en cambio, sí pasábamos por la casa al mediodía, pero sólo a botar los uniformes y comer lo que ella nos había dejado preparado sobre la estufa. Luego corríamos a la calle pues nunca faltaba algo urgente: una tarea, una ida al cine, un helado.

Cuando volvíamos, horas después, mi mamá ya había regresado del hospital y se encontraba limpiando la casa. Mi papá, casi siempre, llega-

ba más tarde, cuando nosotros, apenas con fuerzas para una merienda rápida frente a la tele, ya habíamos caído redondos en la cama.

Así era nuestra vida y realmente no teníamos de qué quejarnos, hasta ese sábado en que a mi mamá se le ocurrió soltar la ropa en el piso, justo en el centro de la casa. Y a continuación se fue a acurrucar junto a Rufo a ver el programa de los chimpancés.

Era raro verla ahí, tumbada, en vez de transitar de arriba abajo, quitando y poniendo, haciendo y tornando. Pero nadie hizo comentario alguno. Para cuando llegó la hora de la cena, mi mamá se había quedado dormida en el sillón. Mi papá trató de despertarla pero ella sólo murmuró:

—Estoy cansada. No me puedo mover.

De modo que ahí la dejamos, sin preocuparnos demasiado. Si mi papá dormía una vez a la semana en el sillón, a ella no le ocurriría nada por hacerlo un día. De seguro a la mañana siguiente todo volvería a la normalidad.

Sin embargo, cuando nos levantamos, las paredes se hallaban tapizadas de letreros: “Me declaro en huelga”, “Exijo nuevos acuerdos”, “Democracia en la ciudad y en la casa”. Y de mi mamá, ni sus luces. Era su día de descanso en el hospital pero igual se había marchado.

Como era domingo, nos la tomamos con calma. Mi papá volvió a comprar pizzas, pero casi no hablamos mientras las comíamos. Nos hallábamos desconcertados. ¿Dónde estaba mi mamá? ¿Iba en serio lo de su huelga? ¿Qué pasaría? Mejor no pensar. Además, yo había quedado de verme con la bolita de amigas porque nos íbamos a hacer unas nuevas perforaciones en las orejas. Así que salí pitando, igual que los demás. Mi papá anunció que él llegaría tarde pues tenía una reunión importantísima para planear las próximas elecciones.

No sé por qué pensé que mi mamá recapacitaría y que al volver todo iría como de costumbre. Pero no sucedió así. Por la noche, la casa se encontraba en el mismo estado en que la habíamos dejado, es decir, en completísimo desorden. Mi mamá ya había llegado pero se ocupaba en leer una novela.

—¿Qué tal les fue? —nos preguntó sin esperar respuesta—. A mí de maravilla. Fui al Museo de Antropología, ¿pueden creer que no lo conocía? Creo que sólo fui una vez de niña pero ya no me acordaba de lo impresionante que es. Sólo me dio tiempo de ver la sala de los mayas, pero el próximo domingo regreso. Me parece que eso haré en mis días de descanso. En México hay tantos museos

que cuando acabe con éste, me faltará otro y otro más.

—¿No hay merienda? –preguntó Gus.

—No sé –contestó mi mamá–, yo merendé en un café de chinos. Por cierto que unos chilaquiles buenísimos.

Sentí que se me hacía agua la boca. No quería merendar, otra vez, un pedazo de pizza. Comencé a inundarme de rabia contra mi mamá.

—No tengo uniforme limpio para mañana –le reclamé.

—Creo que hay uno ahí –dijo, señalando la montaña de ropa que seguía en el piso.

—Pero no está planchado.

Mi mamá me vio con un gesto de comprensión:

—Qué lata.

—Mami –dije, cambiando de táctica– sólo por hoy, por favor. Tengo que hacer la tarea de matemáticas.

—Hija, ¿no has leído los letreros? Yo no puedo, estoy en huelga y no voy a ser mi propio esquirolo.

—¿Qué es esquirolo? –preguntó Gus.

—Es alguien que cuando los obreros se han puesto en huelga para lograr mejores condiciones laborales, se ofrece para hacer el trabajo.

Así, los jefes no tienen que pagar mejor ni nada —explicó Rufo.

—Pero tú no eres una obrera —reclamó Gus—, eres nuestra mamá y te toca cuidarnos.

Mi mamá se rió, y eso nos dio todavía más coraje.

—Cuidarlos sí, pero sólo en lo que no puedan hacer. ¿Alguien se rompió una pierna o algo por el estilo?

Rufo buscó alguna rápida solución.

—Te podríamos ayudar un poco, si quieres.

—No es cosa de “ayudarme un poco”, el quehacer de la casa no es sólo asunto mío. ¿Por qué habría de serlo? Se trata de repartir las tareas. Ustedes creen que es magia que la casa esté recogida, la ropa lavada, la comida hecha. Y no, todo eso cuesta trabajo.

—Pero dime, ¿por qué te pones tan radical? —comentó Rufo—. Ábrete al diálogo.

—¿Diálogo? Ustedes no me escuchan cuando trato de plantearles las cosas. Parece que soy invisible. Ahora, si me permiten, no quiero echar a perder este lindo día. Voy a continuar con mi lectura.

No nos quedó de otra que calentar las sobras de pizza y comerlas sobre servilletas de papel, porque ya no había un solo plato limpio. Luego, de muy mal humor, me puse a

planchar mi uniforme. Rufo se me acercó meloso:

—¿Podrías planchar también mi camisa?

—Claro que no —le dije indignada—, bastante trabajo me está costando alisar estos tablonos.

Cuando terminé, me puse la pijama y me metí entre las cobijas sin ganas de saber del mundo. De reojo alcancé a ver a mi mamá jugando timbiriche con Gus, y supe que cuando llegara mi papá habría zafarrancho. Pero, por suerte, me quedé profundamente dormida.

Esa noche me asaltó una pesadilla. Había un terremoto. Mi familia y yo estábamos en la casa y veíamos cómo comenzaban a cuartearse las paredes al tiempo que caían por los suelos libros, cuadros, platos, lámparas. Todos nos poníamos como locos, menos mi mamá, que muy tranquila nos decía: “No se asusten, ahorita pasa”. El que se ponía más fuera de sí era mi papá, quien quería salir corriendo. Pero Rufo lo detenía diciéndole que eso era más peligroso porque en la calle azotaban los cables de la luz.

Desperté con el corazón latiéndome a mil por hora y la boca seca. Ya estaba clareando. Escuché el sonido de la regadera. Creí que mi mamá estaría bañándose, pero al rato pude percibir los clásicos bufidos que soltaba mi papá al secarse. Entonces me acordé de la fa-

mosa huelga. La había olvidado durante el sueño. Me levanté entre dormida y despierta, y vi que la casa no estaba muy distinta a la que mostraba mi sueño. Era increíble lo que una casa puede desbaratarse en sólo dos días de huelga de limpieza.

Mi papá salió del baño ya vestido. Me besó de paso y me dijo:

—Toma algo de dinero y córrele al mercado a comprar algo para el desayuno.

—¿Por qué yo?

—Bueno... eres la única que está despierta.

—Tú también estás despierto y vestido. En cambio, yo tengo que bañarme y hacer mi tarea de matemáticas, que ayer dejé a medias.

—Pues sí, hija, pero yo tengo que preparar unos papeles para la junta.

—Entonces, ¿nos echamos un volado?

—Oye, ¿cómo vas a comparar?, haces la tarea en el camino o le dices a tu maestra que tu mamá está enferma.

—Diles tú eso en el IEDF.

—Mira, no tengo tiempo de discutir. Haz lo que te digo y punto.

—¡Vaya! ¡Qué democracia! —dije tomando el dinero.

Para colmo, cuando me dirigí al baño con la idea de darme una mano de gato, escuché la voz

de mi mamá bajo el agua cantando a todo pulmón: “En el mar, la vida es más sabrosa...” La odí con toda mi alma.

Por suerte, cuando volví del mercado, ella ya no se encontraba en la casa. De todos modos, el panorama no era nada alentador. Mi papá se hallaba perdido en el escrito para su junta, al tiempo que se quejaba de que el café se le había quemado, y mis hermanos, recién despertados, armaban un desorden monumental buscando qué ponerse entre el montón de ropa que continuaba en el piso.

—Apúrense —les dije—, les toca preparar el desayuno.

—No encuentro mis calcetines de deportes —se quejó Gus.

—Ponte otros —dictaminó mi papá.

—No me dejan entrar.

—A ver —le ofrecí—, yo los busco mientras ustedes hacen los huevos.

Enfrentada al cerro de ropa, me puse a entresacar las menudencias: calzones, camisetas, calcetines. ¡Horror, había un mundo de calcetines perdidos de su correspondiente par! Cuando mis hermanos gritaron que ya podíamos pasar a la mesa, apenas había alcanzado a hacer unos cuantos juegos, sin que se contaran entre ellos los famosos blancos de deportes.

Dejé las cosas como estaban y me dirigí a la mesa.

—Olvídalo, Gus, yo te presto unos míos.

La tortilla de huevo que me esperaba tenía un aspecto de suela de zapato que me cortó el apetito. Sin embargo, sin querer ofender a mis hermanos, tomé un pedazo y dije que desayunaría en mi cuarto mientras hacía la tarea de matemáticas.

—Oye —dijo Rufo—, pero te tocan los trastes.

—¿Qué te pasa? —me defendí—, yo fui al mercado y empecé a ordenar la ropa.

Todos nos volvimos a ver a mi papá.

—Está bien —aceptó de mala gana—, yo los lavo, pero después.

—Tus después nunca llegan, pa —dijo Gus.

Pero antes de que mi papá pudiera defenderse, Rufo pegó un grito:

—¿Vieron la hora? Es tardísimo. Ya no llegamos a la primera clase.

—¡Qué lástima! —comentó Gus con ironía.

—Por mí, mejor —aclaré. No tiene caso ir sin tarea.

—Qué desastre —sentenció mi papá.

Rufo salió al paso para salvar la situación:

—No es para tanto. Así son las cosas cuando hay una huelga. Pero ya vámonos.

Cuando por fin salimos, me di cuenta de

que dábamos la impresión de ser un grupo miserable. Ni mis hermanos ni yo nos habíamos bañado y se notaba que ellos ni siquiera habían tocado el peine. Mi falda y la camisa de Rufo lucían a medio planchar y los calcetines prestados a Gus le quedaban tan justos que habían desaparecido dentro de los tenis. Además, yo iba muerta de hambre. Me arrepentí de haber tirado a la basura la tortilla suela de zapato pues quién sabe a qué horas comeríamos. No sólo no llevábamos almuerzo, sino que al regresar a mediodía ninguna de las deliciosas sopas que preparaba mi mamá nos estaría esperando sobre la estufa.

—¡Qué desastre! —repitió mi papá, y esa frase se convirtió en su predilecta durante un buen tiempo.

Sin embargo, sobrevivimos. Mi mamá pasaba poco tiempo en la casa y se ocupaba sólo de sus asuntos: su ropa, su cafecito, sus novelas. Los demás no le dirigíamos la palabra, hecho que a ella parecía tenerla sin cuidado. Seguía cantando en la regadera y yendo los domingos a los museos. Al llegar nos platicaba que había visto esto y aquello. Lo hacía aunque nadie le contestara. Yo no me explicaba que estuviera tan contenta mientras su familia sufría.

Allá ella. Le demostraríamos que no nos ha-

cía ninguna falta. Lo importante era concentrarse en sacar adelante las cosas, al menos las imprescindibles. Pero entonces a Gus le empezaron sus clásicas alergias al polvo.

Pensé que esto podía tener un lado bueno. Mi mamá no soportaría los estornudos de su querido hijo menor sin reaccionar. Pedí a Gus que fuera a sentarse con disimulo enfrente de donde ella resolvía un crucigrama y que dejara a su nariz hacer el mayor escándalo posible. Desde la cocina observé la escena, que ni por asomo fue la que esperaba.

Mi mamá sólo levantó la mirada momentáneamente y dijo:

—No es que me quiera meter en el modo en que están llevando la casa, pero sería muy bueno que pasaran la aspiradora y sacudieran las camas de vez en cuando. Tú, Gus, tómate un antialérgico, ya sabes cuál. Pero antes dime un árbol de seis letras que empiece con a...

Me pareció el colmo. Y creo que a mi papá también porque, desesperado, rompió el pacto de no hablarle.

—Mi vida —dijo—. Está bien. Tienes razón, pero ya rompe la huelga.

—¿Qué ofrecen a cambio? Me parece que todavía salgo perdiendo. Entiende que no puedo volver al trabajo hasta que la casa funcione de

pe a pa y yo pueda unirme en condiciones de igualdad. ¿No es eso la democracia?

En vez de respuesta, mi papá hizo un rápido recorrido con la vista hasta que me descubrió pelando zanahorias:

—Hija, tú que eres quien más conoce la aspiradora, dale una pasada a la casa, por favor.

—Estoy cocinando, que lo haga otro.

—Pero, ¿quién? Gus se muere con el polvo, podría lavar las sábanas o algo así pero no pasar la aspiradora. Rufo fue a pagar la luz y el teléfono, y yo no sé, de veras que soy un menso para esas cosas.

—Pa, si eres capaz de hacer maravillas por la ciudad, estoy segura de que puedes pasar la aspiradora sin problema.

—Eeeee... —era obvio que mi papá buscaba algún pretexto para librarse.

Hasta ese momento me había dado pena verlo enfrentando la situación, pero de pronto lo que sentí fue exasperación. Aventé las zanahorias y me dirigí a la aspiradora, con la cual empecé a tallar pisos y muebles con toda mi alma. Como un volcán que hiciera erupción. Al final, me solté a llorar sin entender muy bien qué me pasaba.

Esa noche, cuando estábamos sentados frente a la cena que finalmente mi papá había cocinado, todos nos quejamos.

—Perdí todo el día en los malvados trámites —dijo Rufo—, para cualquier cosa hay unas colas terribles.

—Pues cambiar y lavar las sábanas no fue más fácil —añadió Gus—. Me duele la espalda.

—No sé qué dirían de aspirar de arriba abajo teniendo que quitar los mil estorbos que todo mundo deja tirados.

—La verdad es que el paquete de una casa es pesadísimo —concluyó mi papá.

Mi mamá nos miró desde el sillón donde leía y luego se acercó y nos hizo un arrumaco a cada uno:

—Sólo quiero decirles que ese paquete que les parece demasiado pesado para ustedes cuatro, yo lo he llevado sola durante 19 años.

—Es distinto —dijo Gus—, tú eres mujer.

—¿Y qué? ¿Las mujeres tenemos poderes sobrenaturales o qué cosa, jovencito?

De pronto me cayó un veinte. Yo también era mujer. Por eso, a mi papá le parecía natural que me ocupara de más cosas que mis hermanos o que, por ósmosis, supiera manejar la aspiradora mejor que él. Por suerte me había sabido defender. ¿Y no era eso lo que estaba haciendo mi mamá? ¿Por qué me enojaba tanto en ella lo que de ninguna manera quería para mí? Sentí que la cabeza me iba a estallar con el descubrimiento.

—¿No quieres merendar con nosotros? —le ofrecí.

—Sí, claro, si me invitan —dijo, sentándose de inmediato.

Rufo le sirvió una buena porción, mientras mi papá comentaba:

—Creo que le falta sal.

—A ver —probó mi mamá el guiso—. No, está muy rico. ¡Y qué buen invento: zanahorias rellenas de atún!

Mi papá sonrió satisfecho y todos lo secundamos.

—De verdad los felicito —agregó mi mamá—, y creo que si siguen así las cosas pronto voy a levantar la huelga.

—¡Viva! —gritó Gus—, todo va a volver a ser como antes.

—No, Gus. Ni lo pienses. Me uniré al trabajo como una más del grupo, sin dejar mis museos ni mis otras cosas. Creo que nos tendríamos que organizar haciendo una lista de las tareas y apuntando a qué se compromete cada quien. Esa es la clase de medidas que se toman en una democracia, ¿o no? Es más, para celebrar, les voy a hacer ahora mismo el postre que les gusta. Pero no me tocan los trastes, ¿eh?, ni tampoco el tiradero.

Mi papá se acercó a darle un beso.

—Yo me encargo de eso —dijo, a la vez que prendía el radio—, sólo que oyendo las noticias. Ya que no me da tiempo de leer los periódicos, al menos saber algo del mundo...

—La casa también es el mundo —aclaró mi mamá—. No sólo los partidos políticos, las cámaras o el IEDF. El mundo también son los platos sucios, las zanahorias, la basura...

Unidad Lupita

Jaime Alfonso
Martínez Sandoval

Jaime Alfonso Martínez Sandoval, a pesar de haber estudiado cine en el CUEC de la UNAM y de trabajar como escritor de guiones en televisión, descubrió su fascinación por la literatura infantil y juvenil cuando escribió *El Club de la Salamandra* (Premio Gran Angular 1997, editado por SM y el CNCA).

A partir de ese momento no pudo parar de escribir, y se fueron acumulando títulos y reconocimientos: *La ciudad de las esfinges* (colección El Barco de Vapor, SM); *Murmulllos bajo la cama* (premio de cuento FILIJ 1998); *Confidencias de un superhéroe* (premio Castillo de la Lectura 2001, ediciones Castillo); *República mutante* (premio Gran Angular 2001). Y aún espera que los títulos vayan aumentando, hasta que los lectores se cansen de él (aunque desea que esto no suceda nunca).

PELOS VERDES

Los grandes problemas suelen venir en empaques pequeños. Y nuestro problema comenzó de la manera más diminuta que alguien se pueda imaginar. En la casa apareció un pelo en la sopa; el problema tomó otra dimensión cuando descubrimos que ese pelo era verde y pertenecía a la cabeza de mi hermano Rodrigo.

Una tarde, a la hora de la comida, mi hermano entró en la casa y se sentó a la mesa; parecía muy quitado de la pena, sobre todo si tomamos en cuenta que estaba estrenando cabellera pintada de tono pistache. Para ser sinceros, el color era bonito, por lo menos se vería bien en una alfombra o incluso en la carrocería del coche, pero a mi mamá, que siempre peca de franca, no le pareció muy agradable ver a su hijo con ese color tan ecológico.

—¿Qué te hiciste? Pareces marciano —dijo sorprendida.

—Así se usa —respondió mi hermano como si nada—. Además, a mí me gusta.

—Pero Rodrigo... ¿cómo se te ocurrió hacerte eso? —gimió mi madre, mientras ponía los ojos en blanco.

Era evidente que para ella tener dos hijos adolescentes era como tener a dos alienígenas en casa.

—Además, ya conoces a tu padre —recordó—, no le gusta que hagas esas cosas.

Y es que mi hermano Rodrigo tenía una debilidad especial por la extravagancia. Ya una vez llegó con un *piercing* en la ceja, y para mi padre fue como ver a su hijo convertido en un miembro de una pandilla de Neza, listo para ingresar a prisión.

—Eso es cosa de vándalos —le dijo en aquel momento—. ¿Quieres ser como todos esos malvientes que andan sueltos por aquí?

Mi padre se refería a los grupos de chavos de la Unidad que se reúnen a tomar cerveza en las canchas; no hacen nada más, bueno, sí hacen muchas cosas pero no precisamente para darles una medalla. Les gusta romper focos de los pasillos, hacer marcas en las paredes y pegarles un susto a todos los que se atraviesen

frente a ellos. Yo supuse que mi hermano quería impresionarlos con su *piercing*.

El discurso de mi padre sobre los peligros de las malas compañías en la Unidad duró lo mismo que un informe presidencial, y claro, al final mi hermano se tuvo que quitar el *piercing*, aunque en realidad no lo hizo del todo, se lo cambió a la lengua, para que nadie lo viera, y santo remedio.

Pero ahora el cabello estaba ahí, como una hoguera verdosa que se veía a cien kilómetros a la redonda.

Definitivamente no le iba a gustar a mi padre. Para que se hagan una idea de él, debo explicar que en su mente la moda se había detenido hace 20 años; él lucía impecable y moderno, siempre y cuando estuviéramos en 1982.

Así que cuando llegó a la casa, nuestro progenitor se quedó boquiabierto al ver a mi hermano Rodrigo con su pelo verde. Tardó un rato en reaccionar, luego entró en el cuarto y cuando salió tenía una navaja en la mano. El filo brillaba igualito que en las películas de terror.

—Por favor, Rigoberto —exclamó mi madre—. No cometas una locura, no es para tanto...

—No seas ridícula, mujer, sólo le voy a rasurar la cabeza.

Mi hermano saltó asustado.

—¿Pero por qué? Es mi pelo, puedo hacer con él lo que quiera. Tengo 16 años, ya no soy un niño.

—Pues hasta que te siga manteniendo harás lo que yo diga, por algo soy tu padre.

—No me voy a dejar –dijo mi hermano arrinconándose, dispuesto a defender hasta su último mechón.

—El castigo será peor entonces –aseguró mi padre agitando un bote de espuma—. Nada de mesadas, olvídate del coche que te prometí para cuando cumplas 18 años, tampoco irás de vacaciones con tus primos de Tampico.

Esas eran demasiadas amenazas y mi hermano tuvo que reconocer que sería imposible negociar.

—Tú tienes la culpa... –le dijo mi padre mientras se disponía a untarle la espuma—. No entiendo por qué haces estas cosas, ¿por qué no eres como tu hermano?

Y todas las miradas recayeron en mi persona. Cosa que en realidad es algo raro, ya que casi nadie me ve. Mi apariencia es de lo más aburrida del universo: lentes, camisas a cuadros, zapatos bien lustrados, justo todo lo que le repatea a mi hermano, y para él, el peor insulto es que nos comparen. Nuestras relaciones no son demasia-

do buenas, con decir que me llama *Nerdeto*, en lugar de Ernesto.

Justo cuando mi padre iba a dar la primera afeitada, mi madre lo detuvo.

—Espera, Rigoberto, no rasures al muchacho, pelón se va a ver igual de feo que ahora.

—No me digas que prefieres verlo así...

—Claro que no, pero se me acaba de ocurrir una idea —respondió mi madre, que siempre tenía soluciones a la mano (lástima que no trabajaba en la ONU)—. Lo voy a llevar con Estelita, a que le cambien el color del pelo, que le pongan un tinte oscuro para que vuelva a ser normal.

Estelita era una señora que había montado un salón de belleza en la sala de su departamento, así que uno podía cortarse el pelo, hacerse la manicura o ver la tele y comer pan con chocolate con sus hijos.

—Pero mamá...

Mi hermano guardó silencio; entre la mirada furiosa de mi madre y la navaja de mi padre no había mucho para elegir. Yo me sorprendía de la capacidad de Rodrigo para meterse en problemas. Ya sé que su pelo verde en realidad no hacía daño a nadie, pero definitivamente él sabía que pintárselo le traería problemas, y aún así lo hizo. No puedo negar que en el fondo era admirable su empeño.

—Va a llover... —dijo mi padre mientras veía a mi madre que se preparaba para salir—. Y ya sabes que sale el agua de las coladeras, están tapadas.

—Y las ratas —le recordé.

—Recuerda que tampoco hay luz en los andadores —dijo mi padre.

—Ya, yo me sé cuidar —aseguró mi madre—, además Estelita está a sólo seis edificios y voy con Rodrigo.

Mi madre tomó un paraguas y salió con mi hermano avanzando a empujones. Mi padre guardó la navaja, se recompuso la corbata y se sentó a comer rápidamente; aún tenía que volver al trabajo.

Apenas se había terminado la sopa de fideos cuando de pronto escuchamos unos toquidos en la puerta.

—Ahí están otra vez... —suspiró mi padre enfadado—. Les dije que no iban a llegar con esa lluvia, ve a abrir.

Lo obedecí, pero lo que encontré en el umbral de la puerta no era mi madre con mi hermano el marciano, aunque lo que vi parecía ser un visitante de otro planeta.

Las sorpresas en aquella tarde apenas iban comenzando.

ABUELA A DOMICILIO

Era una señora de edad, bueno, esa fue una manera amable de decirlo, en realidad tenía la apariencia de un diplodocus jubilado. Creo que tenía arrugas dentro de las arrugas. Vestía un blusón bordado, al estilo psicodélico, y un sombrero con florecillas de plástico. En la mano cargaba una enorme maleta de cuero.

—¿Qué desea? —preguntó mi padre asomándose.

—Soy yo —dijo la mujer sonriendo—. ¿No me reconocen?, soy la abuela.

Mi padre se levantó, parecía sorprendido, miró a la vieja de arriba abajo.

—¿La abuela? No puede ser... mi mujer me dijo que su madre estaba muerta.

—¿Eso dijo? —sonrió de nuevo la anciana—. ¿Entonces qué hago aquí?, ¿espantando a la gente? Mire, me estoy mojando y no tengo tiempo de discutir si estoy viva o muerta.

Y sin esperar la invitación, la vieja entró en la casa y se sentó a la mesa, incluso tomó un boli-llo y comenzó a mordisquearlo.

—Después de tantos años me imaginaba un recibimiento diferente... —confesó la anciana—. Vaya que ustedes son secos.

Mi padre se llevó las manos a la cabeza: un

hijo con pelo verde y de pronto resulta que vive su suegra y la tiene justo frente a él, comiéndose su bolillo. Demasiada tragedia para una sola tarde.

—Tengo que hablar con tu madre... —me dijo por lo bajo—. Tiene que explicarme algunas cosas, pásame el teléfono de Estelita.

Mi padre intentó hablar al salón de belleza pero sonaba ocupado; a los 20 minutos se desesperó, se le estaba haciendo tarde para volver al trabajo, así que me recomendó:

—Intenta llamar a tu madre y explícale todo; mientras, ayuda a que se instale tu abuela.

Y así fue como me quedé solo con la anciana. Confieso que al principio me dio miedo de que efectivamente fuera el zombi de mi abuela, todo era tan misterioso, me sentía dentro de una serie de televisión de terror, ¿por qué mi madre la había ocultado todos esos años?

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la vieja.

—Ernesto, señora.

—No me digas señora, dime abuela... mira, te traigo un regalo.

De una maleta sacó un balón de futbol.

Definitivamente no podía ser zombi, pues los zombis no tienen semejantes gestos de bondad. Le di las gracias aunque le expliqué que

difícilmente podría practicar fútbol en la Unidad, ya que las canchas pertenecían a un grupito que se llamaban *Los Frutilupis*. Y en la otra cancha, donde están los juegos, estaban los tiraderos de basura.

—Bueno, limpiamos y les pedimos permiso para que todos puedan jugar —dijo la vieja.

Sonreí. Ojalá fuera tan fácil. En varios años nadie había podido hacer nada.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar? —le pregunté.

—No lo sé... ¿por qué la prisa? Ustedes son mi familia, tal vez me quede para siempre. Ven, acércate, quiero darle un beso a mi nieto.

Afortunadamente me salvó la chicharra pues en ese momento se abrió la puerta, eran mi madre y mi hermano.

Hice un esfuerzo para no reírme. Rodrigo tenía el cabello de un color indefinido. La mala calidad de los tintes de doña Estelita hizo un efecto muy curioso sobre el original tono verde; parecía como si trajera en la cabeza un perro muerto, entre erizado y pardusco.

Pero yo estaba más interesado por presenciar una escena telenovelera. Pensé que mi madre se echaría a llorar al ver a su propia madre, después de tantos años; pero su reacción fue totalmente sorprendente.

—¿Y esta señora? —preguntó mi madre con total indiferencia.

—Soy yo, la abuela. ¿Qué no me reconocen? —interrumpió la señora.

—¿La mamá de Fermín? —mi madre la miró con extrañeza—. Qué raro, creí que estaba viviendo en Chicago con sus otros hijos.

—Bueno, pero ustedes sí que son raros, sólo hacen observaciones y no dan ni un besito de bienvenida —suspiró la anciana.

—No diga eso. Nos alegra que esté aquí, es que no la esperábamos... ¿Vio a mi marido?

—Sí, él me dejó pasar.

Para ese momento yo ya no entendía nada en absoluto, y el miedo comenzó a recorrerme las entrañas. De pronto teníamos en la casa a una señora que decía que era “la abuela”, pero por lo que había visto no lo era ni por parte de madre ni de padre. Definitivamente habría problemas.

—Tengo que hablar contigo —le murmuré a mi hermano.

—Nerdeto, te lo advierto, ni se te ocurra decirme nada —Rodrigo me miró con ojos de furia.

—No, no es sobre tu pelo... es algo mucho más serio.

Mientras mi madre terminaba de instalar a

la abuela (en nuestro cuarto), le expliqué a Rodrigo la llegada de la anciana y cómo fue que mi padre creyó que era su suegra.

—Hay varias opciones... —reflexionó Rodrigo luego de oír el enigmático relato—. O alguno de los dos se niega a aceptar que es su madre o a lo mejor no es exactamente la abuela, sino la tía de alguno de ellos, y como no la han visto desde niños, no la reconocen.

—¿Tú crees?

—Sí, claro, y en todo caso, si al final resulta que no es de la familia... entonces esto se va a poner divertido —sonrió.

Y efectivamente se puso muy entretenido cuando al fin llegó mi padre y comenzaron las aclaraciones con mi madre. Los dos juraron bajo palabra de honor que no era la mamá de ninguno de ellos, ni tampoco la tía, la madrina o la prima lejana.

La única solución era entonces preguntarle directamente a la anciana quién era y cómo es que supuestamente se emparentaba con nosotros.

—Ya les dije, soy la abuela... —respondió con necedad.

—Deje de decir eso, usted no es mi madre —aclaró mi padre.

—Ni la mía tampoco —dijo mi madre.

Entonces a la anciana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué me dicen esas cosas tan feas? ¿Quieren correr a la abuela? ¿Ahora? ¿En medio de la lluvia? Son malos conmigo. ¿Qué les he hecho?

Había dos verdades en todo aquello; la primera, afuera hacía una lluvia demasiado espantosa como para botar a alguien, y la segunda, definitivamente la anciana no era familiar nuestra. Teníamos gente rara en casa, pero no tanto.

—Lo que nos faltaba, nos agenciamos una loca... —murmuró mi padre.

—No le digas así —le reprochó mi madre—. A lo mejor con la edad se confundió e iba a otro edificio.

Intentaron preguntarle si tenía alguna dirección o teléfono, pero la anciana negó todo, asegurando que nosotros éramos su familia (y muy mala, por cierto).

—No podemos echarla a la calle a esta hora —dijo mi padre—. Esperaremos hasta mañana y les preguntamos a los vecinos. Ya verán que aparece su verdadera familia.

A todos nos pareció buena solución. Mientras, la anciana se instaló en el departamento, se puso de buen humor y hasta nos dio más re-

galos. Un reloj a mi madre, un estuche de pañuelos a mi padre y un collar con colmillos de piraña a mi hermano Rodrigo (que le encantó, por cierto).

Aunque la abuela parecía pacífica, la verdad es que esa noche nadie durmió. Bueno, ella sí, roncó muy sabroso.

Al día siguiente fuimos a los departamentos del edificio a investigar si alguien estaba esperando a una abuela o la tenía extraviada. Preguntamos a don Chava, el carnicero, a doña Tolita la que vendía cenas, fuimos con los gemelos del 301, pero nadie estaba esperando a ninguna abuela como la que teníamos en la casa.

La Unidad tiene doce edificios y cada uno diez departamentos. Era un trabajo muy pesado recorrerlos todos, además de que había algunos lugares en los que no nos atrevíamos a entrar, sobre todo donde vivían los *Frutilupis*.

Al final decidimos tomarle una foto a la anciana, la pegamos en un papel, le sacamos copias y la colocamos en todos lados. El anuncio decía: “Abuela perdida busca a su familia, mayor información Edificio H, departamento 102, los Santoyo”.

Como nos dio tristeza correr a la anciana o llamar a la policía para que se la llevara, decidimos

quedarnos con ella durante un breve tiempo mientras aparecía el dueño, digo, los familiares.

MÁS RARA QUE UN PERRO AZUL

Pasaron algunos días y nadie nos llamó para reclamar a la anciana. En lo personal, a mí no me molestó, pues nunca había tenido una abuela. Yo siempre me las había imaginado como unas señoras que permanecen en estado vegetativo y sólo se despiertan para tejer bufandas. Pero doña Lupita (así se llamaba “nuestra” abuela) era muy activa y le gustaba participar y opinar de todo, creo que con demasiado entusiasmo.

—Hoy les toca lavar los trastes a los muchachos —dijo una mañana luego de acabar de desayunar.

Mi hermano y yo nos miramos extrañados. Por lo general mi madre se encargaba tanto de recoger la mesa como de hacer la limpieza.

—¿Ah sí? —rió mi hermano— ¿Y dónde dice que nos toca?

—Ahí... —la abuela señaló la pared.

Entonces descubrimos un cartel hecho a mano, que decía: “Nuevo Orden Familiar”, y debajo estaba una tabla con el nombre de cada

quien y las actividades que le correspondían por día, desde lavar baños hasta tender ropa o sacudir los tapetes.

Mi hermano y yo creímos que se trataba de una broma. Siempre habíamos pensado que para eso estaba mi mamá (incluso para servirnos en nuestras vacaciones, como en ese momento). Pero según la abuela, nuestra forma de pensar era anticuada, machista, reaccionaria, clasista y burguesa.

La verdad es que ni siquiera mi madre entendió la mitad de aquellas palabras tan raras. Según yo, las abuelas por lo general hablaban de la reuma, qué caras están las medicinas o cuál es el mejor pegamento para dientes que hay en el mercado. Pero esta abuela soltaba sermones sobre la explotación de la mujer y las masas oprimidas.

—Debe ser comunista... —dijo mi padre asustado.

Le recordé que tanto los comunistas como los dinosaurios, prácticamente estaban extintos en el planeta Tierra.

—Pues sea lo que sea, nadie me dice en mi casa lo que debo hacer —gruñó mi padre.

—Tal vez no es tan mala idea la del calendario —intervino mi madre—. Si todos ayudaran en la casa sería mejor.

Pero mi padre se negó rotundamente a hacer cambios, y menos provenientes de una señora senil que pretendía organizarnos la vida, así que quitó el cartel y prohibió tocar el tema de repartir labores domésticas entre los hombres de la casa.

La abuela ni siquiera se mosqueó, parecía entrenada para el rechazo, así que pronto cambió de plan y le dijo a mi madre:

—No es justo que además de trabajar como él, seas la única que hace limpieza. Yo que tú no me dejaba. Debes defender tus derechos; mira, te he escrito una canción.

—¿A mí? —mi madre la miró extrañada.

—Sí, es una canción de protesta, donde te quejas de tu explotación doméstica.

Sinceramente, a mí se me hizo algo exagerado. Vamos, yo pensé que las canciones de protesta eran para movimientos grandes, huelgas en fábricas o contra un mal gobierno, pero no para convencer a alguien de que lo ayudaran a lavar trastes, a menos de que se estuviera loco o que...

—Es una auténtica *beatnik* —mi hermano Rodrigo aseguró convencido—. Por eso actúa tan raro. De seguro de joven anduvo montada en una moto, cruzando el país, viviendo en comunas.

—¡Santo Dios!, eso de *beatnik* es como una secta, ¿no? —preguntó mi madre algo asustada.

—Creo que eran como los padres de los *hippies* —agregó mi hermano algo dudoso.

¡Ahora resultaba que la ancianísima abuela Lupita era más moderna que todos nosotros!

—Qué *hippie* ni qué ocho cuartos —intervino mi padre molesto—. Lo que pasa es que ya está vieja y chochea con la edad. Eso es lo único que le pasa.

Pero la verdad es que yo confiaba más en la versión de mi hermano, pues la abuela era más rara que un perro azul. No comía azúcar refinada ni carne roja, en las tardes entraba en estado catatónico (ella le decía meditación), le gustaba oír música rock del año del caldo. Pero lo que rebasó mi capacidad de sorpresa fue cuando descubrí que era capaz de llevarse bien con mi hermano. Y eso era una hazaña casi inaudita, pues yo tenía mi vida, o sea 14 años, intentándolo y ya me había dado por vencido.

Claro, aquella amistad no fue buena para ninguno de los dos, trajo muchísimos problemas. Todo comenzó cuando Rodrigo superó el asunto del pelo verde (la cara de rabia le duró varios días), pero un día llegó extrañamente feliz a la casa; por debajo de la camiseta se le veía una venda en el antebrazo.

—¿Te lastimaste? —le preguntó mi padre preocupado.

Mi hermano se puso nervioso y balbuceó una explicación, al parecer fue en chino mandarín porque nadie la entendió. Entonces mi padre lo obligó a retirarse la venda. En el brazo tenía el dibujo de una enorme serpiente enroscada dentro de una calavera.

—Me lo hizo la abuela... —aseguró de inmediato Rodrigo, antes de que le echaran un megasermón.

Y como si su arrugada cara fuera un tiro al blanco, nuestras miradas se clavaron en la abuela Lupita.

—¿Tatuaste al niño? —mi madre la miró incrédula.

—No, yo no fui... —aclaró la abuela tranquilamente, para después agregar:— Yo sólo se lo pagué.

Mi padre abrió los ojos de tal forma que pensé que se le caerían de las órbitas.

—Bueno, no es tatuaje lo que se dice tatuaje —aclaró la abuela—, quedamos en que primero se iba a hacer un dibujo de henna, es una tinta especial, es sólo para ver si le gusta... ya luego decidirá dónde lo quiere y de qué tamaño. Se lo voy a regalar de cumpleaños, ya lo prometí. ¿No se le ve precioso?

Anciana, metiche, chiflada, *beatnik* y tatuadora... eran demasiados adjetivos calificativos para el sistema nervioso de mi padre y estalló:

—No voy a permitir semejantes desfiguros en mi casa, mis hijos no son rufianes para que se marquen la piel.

—No seas anticuado —le rebatió la abuela—. Los tiempos cambian, la juventud ahora necesita expresarse a su manera.

—Eso no es verdad, ¿y entonces por qué el otro no es así?

Y ahora las miradas se posaron sobre mí, como si fuera un insecto listo para servir al estudio de un grupo de entomólogos.

—No pretenderás que tus hijos sean iguales —observó la abuela—. Cada quien es diferente y tienes que respetar sus propios gustos.

Pero gustos o no, moda o lo que fuera, mi padre demostró que él era la autoridad en la casa. Primero obligó a mi hermano a que se lavara el dibujo, y como la tinta era muy resistente no quedó más remedio que forzarlo a usar camisas de manga larga mientras se borraba la serpiente satánica.

Con el asunto del tatuaje mi padre perdió la paciencia. Según él, la abuela estaba empujando a su familia por la senda del mal, primero a su mujer intentando que se subleva

contra los hombres de la casa, y después a su hijo, marcándolo como si fuera una vil res (esa fue la expresión que usó). Y antes de que me perdiera a mí, mi padre tomó una decisión:

—Tenemos que correrla —le dijo a mi madre en voz baja—. Quiere controlar a mi familia. Es un peligro para todos.

—No es verdad —la defendió mi madre—. Ella sólo quiere que seamos más felices, se preocupa por la familia.

—Quiere destruirnos... —insistió mi padre.

Finalmente, y luego de las súplicas de todos, mi padre accedió a que la abuela Lupita permaneciera unos días más en casa con la condición de que alejara su dañina influencia de nosotros.

—Le diremos que tome paseos por la Unidad, que le dé el sol —dijo—. ¿Cómo la van a reconocer sus familiares si está encerrada siempre aquí?

Creo que en el fondo mi padre tenía la ilusión de que la abuela Lupita se volviera a perder y entonces la dejáramos de ver para siempre.

Así que a la mañana siguiente la llevamos a los andadores de la Unidad para que tomara largos paseos. Por un lado, mi padre descansó de no tenerla en casa con sus extravagancias, pero fue una calma engañosa, pues al poco

rato el remedio resultó ser muchísimo más desastroso que el problema original.

LA LOCA DE LA BOLSA NEGRA

No sé cómo no lo previmos, pero dejar suelta a la abuela en la Unidad era como encender una veladora en una gasolinera. Tarde o temprano aquello terminaría por explotar.

Era evidente que a la abuela Lupita le fascinaba meterse en todo, pero lo que más le gustaba era localizar un problema y ofrecerse a resolverlo sin pedir opinión a los demás. Así que en la Unidad no batalló demasiado para sentirse útil, había muchas fallas y ella solita asumió el papel de *sheriff*.

Se le ocurrió que su primera misión sería rescatar las jardineras que estaban llenas de basura, así que empezó a limpiarlas y cuando descubría que alguien tiraba un papel, era capaz de perseguirlo por toda la Unidad para regresarle su basura. Lo hizo incluso con los niños que arrojaban envolturas de dulces. Muchos pequeños le empezaron a tener tanto miedo que le pusieron el apodo de la loca de la bolsa negra.

—Por mí, que me digan lo que quieran —se

encogió de hombros—, con tal de que no tiren basura.

Luego, la abuela también se interesó por los andadores de la Unidad, por ejemplo, descubrió que algunos vecinos se habían adueñado de parte de las banquetas para usarlas como estacionamiento. La abuela Lupita tomó un plumón y escribió notas en los parabrisas de los coches que decían: “Mal estacionado”, “No subirse al andador”, “No invadas zonas prohibidas”.

Pero el peor enfrentamiento lo tuvo con una señora que estaba quemando papel periódico y revistas fuera de su casa.

—¿Y a usted qué le importa lo que hago? —dijo la vecina sin inmutarse—. Son mis cosas y puedo hacer lo que quiera con ellas.

—Pero el aire que contamina es el que respiramos todos —y diciendo esto, la abuela arrojó una cubeta de agua a la pira.

No tardaron en llegar las quejas a la casa. Parecíamos una oficina de reclamos: que si la abuela Lupita había regañado a un niño, que si le dio un bolsazo a un señor, que si amonestó a una señora que lavaba sus ventanas a manguerazos.

—Nosotros no tenemos la culpa, además ella ni es de la familia —aclaró mi padre en un intento de deshacerse del problema.

Pero a nadie le interesó si la anciana era adoptada, robada o prestada. Vivía con nosotros, por lo tanto éramos responsables de ella y teníamos que detenerla. Así que, para tranquilidad de todos, prometimos hablar con ella y hacerla entrar en razón.

—Debe dejar lo que está haciendo —la amenazó mi padre como si fuera una adolescente que hubiera hecho travesuras—. ¿No se da cuenta de que los vecinos no quieren que se meta con ellos?

—¿Y ustedes no se dan cuenta de que viven en un muladar? —preguntó la abuela sorprendida—. Todos sus vecinos son muy desorganizados y sucios.

—Eso ya lo sabemos —reconoció mi madre—, pero no se puede cambiar a la gente.

—Claro que se puede —exclamó la abuela—. Es cuestión de ponernos de acuerdo, es por el bien de todos.

Mis padres se miraron con cara de desesperación.

—Usted no tiene autoridad para cambiar nada —le recordó mi padre—. Y sin autoridad está cometiendo un delito al meterse con los demás.

La abuela se quedó en silencio y no volvió a hablar el resto del día. Creímos que había

entendido perfectamente el punto de no inmiscuirse en asuntos a los que nadie la llamaba.

Pero al día siguiente nos despertamos con la sorpresa de que la abuela Lupita había preparado su defensa. Había escrito una carta circular que pegó en la puerta principal de los edificios. El documento decía:

“Por medio de la presente, se avisa que a partir de ahora, la familia Santoyo, del Edificio H, departamento 102, será la que se hará cargo de la administración de la Unidad. Por lo que se solicita cooperación para el saneamiento de la misma”.

—¿Cómo se le ocurre decir que somos los administradores? —exclamó mi padre aterrado.

—Alguien tenía que hacerlo —dijo la abuela tranquilamente—. Además, usted bien lo dijo, no teníamos autoridad, ahora sí la tenemos. Y no le quitamos el puesto a nadie, pues no había administrador.

—Es que nadie quería enfrentarse con la gente —suspiró mi madre.

—Sólo nos vamos a ganar más problemas —aseguró mi padre.

Y así fue, para empezar circularon los rumores de que estábamos pidiendo dinero porque de seguro queríamos hacer algún fraude.

Para detener los chismes, la abuela Lupita

volvió a redactar otra carta circular en la que había una lista de pendientes para la Unidad y el costo aproximado de cada cosa: se necesitaban focos, pagar para que limpiaran las coladeras, contratar al basurero para que recogiera todas las bolsas de desperdicios, llamar a la delegación para que se llevaran dos autos chatarra abandonados, buscar una compañía de control de plagas, hacer la impermeabilización, comprar pasto para sembrar, componer las cerraduras de las entradas... y la lista continuaba por páginas y páginas como si se tratara de una carta a los Santos Reyes.

Pero a pesar de eso, sólo recibimos dos aportaciones, las del carnicero don Chava y Estelita, la de la estética. Y eso, la verdad, no servía ni para los chicles.

Pero la abuela Lupita parecía hecha para soportar cualquier tormenta, así que encontró la solución y volvió a hacer otra carta circular:

“Los que no tengan dinero podrán prestar su mano de obra para hacer trabajos en beneficio de la Unidad”.

Pero eso resultó peor porque nadie se ofreció ni siquiera a barrer.

—Nosotros debemos poner el ejemplo—razonó la abuela Lupita—. Hay que empezar a destapar las coladeras.

Mi padre, Rodrigo y yo nos miramos con terror, aquello sonaba repugnante. Había ratas y quién sabe cuántos cultivos de enfermedades infecciosas flotando en ese caldo sucio.

—Véanlo por su propio bien —dijo la abuela—. Si siguen así todos se van a enfermar.

En eso tenía razón, había justo una coladera bajo la ventana de la sala y teníamos que tener las ventanas cerradas todo el día para que no entrara el tufo a caño.

Decidimos que no teníamos nada que perder al intentarlo, y si mi hermano aceptó, fue sólo porque podría trabajar con camisa de manga corta y así presumir su tatuaje temporal.

Nos calzamos botas de hule, cubre-bocas y guantes. En la mano llevamos palos de escoba y ganchos de ropa. Más que personas que van a destapar una coladera, parecíamos de esos extraterrestres de las películas chafas.

Yo creo que los demás se compadecieron de vernos sumergidos en la inmundicia, porque al final se acercaron don Fermín y el señor Chava, del edificio de enfrente, para ayudarnos. Este último recordó que tenía una pala y una carretilla y fue más fácil depositar el lodo y la basura. La coladera quedó destapada y por primera vez en semanas, mi madre pudo abrir la ventana de la sala.

Y así, lentamente la gente empezó a cooperar un poco, algunos dieron pintura que les sobraba, otros, focos sin usar para colocarlos en los pasillos, los demás se ofrecieron a hacer trabajos voluntarios.

Pero no fue tan fácil. Aunque resulte difícil de comprender, había algunas personas que no estaban de acuerdo con los cambios, y al parecer, cuanto más luz había en los pasillos, menos claro veían. Entre los rebeldes estaban los *Frutilupis*. Incluso escribieron sobre la pintura nueva de las paredes y arrojaron latas de cerveza en las jardineras, aunque siempre negaban que fueran de ellos y no teníamos pruebas, hasta que la abuela descubrió a uno, llamado *El Memelas*, rompiendo uno de los focos del pasillo.

—¡Así te quería encontrar! —le gritó la abuela furiosa.

Pero al *Memelas* no se le vieron ganas de sentarse a platicar sobre su mala conducta y se marchó, la abuela lo siguió, yo a mi vez me dediqué a ir tras la abuela y evitar que se metiera en más problemas.

Entonces llegamos a la zona prohibida, las canchas, donde los *Frutilupis* eran los verdaderos amos de su territorio. Y ahí estaban sentados, eran una docena, fumaban, oían música y bebían cerveza. Aunque siempre me habían

parecido una especie de rudos criminales, de cerca me di cuenta de que apenas rebasaban los 20 años.

—Vámonos —le dije a la abuela.

Me estaban temblando las rodillas y tenía la boca seca de sólo estar cerca de ellos.

Pero la abuela Lupita no se movió, al parecer no sentía ningún miedo. Recordé la teoría de mi hermano, seguramente en su juventud, la abuela *beatnik* se había enfrentado a las peores pandillas de motociclistas.

—Qué raro, son los únicos que no he visto cooperando en la Unidad —les dijo—. ¿Qué les gustaría más: sembrar pasto o lavar los tinacos?

Pero fue como si hablara en suahili, porque nadie se dignó ni siquiera a verla.

—A lo mejor están muy cansados para ayudar —siguió la abuela—. Deberían irse a descansar a su casa, ¿por qué no nos dejan la cancha para limpiarla?

Entonces saltó uno de ellos, al que le decían *La Liendre*.

—Este lugar es nuestro —aseguró.

—¿Ah sí? ¿Me podrían enseñar sus escrituras? —pidió la abuela.

—Éstas son —*La Liendre* sacó una pequeña navaja.

La abuela ni siquiera pestañeó.

—Qué curioso —dijo—. Yo tengo unas escrituras parecidas.

La abuela sacó de su bolsa la navaja con que mi padre iba a rasurar a mi hermano. Todos se rieron por la ocurrencia o tal vez por la osadía de la anciana.

—Miren muchachos, yo no quiero ningún problema con ustedes —aseguró la abuela—, pero si quieren la cancha, entonces tendrán que ganarla...

—¿Cómo que ganarla? —preguntó *El Memelas*.

—Sí, vamos a jugarla en un partido de fútbol. El que gane será el dueño de la cancha y nadie se meterá después con el vencedor, se los prometo.

No tenía la menor idea de por qué la abuela había dicho eso. Pero luego me di cuenta de que había cambiado el enfrentamiento por términos deportivos.

Los *Frutilupis* discutieron entre sí, me imaginé que de todos modos no tenían mucho qué hacer; al final aceptaron.

Entonces se decidió que el partido se jugaría el fin de semana. Realmente admiré a la abuela Lupita, gracias a ella me había enfrentado a los *Frutilupis* y no había perdido ni una gota de sangre. Toda una hazaña.

LA GUERRA CONTRA *LOS FRUTILUPIS*

Mientras llegaba la fecha del partido (el sábado), hubo una especie de tregua con los *Frutilupis* y no se metieron con nadie. Los cambios en la Unidad comenzaron a notarse. Fue increíble que sacando la basura, lavando las escaleras y pintando las paredes, la Unidad parecía otra. Ya no daba miedo salir en las noches, se podía caminar sin temor a caerse entre la basura o encontrarse con una familia de roedores rabiosos.

Además descubrimos que podíamos recibir apoyo a través de la delegación. Nos dieron parte del impermeabilizante, ellos destaparon el resto de las coladeras, repararon algunos de los barandales de las jardineras, y también nos felicitaron por haber puesto en práctica el reglamento de condóminos.

Nadie sabía que existía un reglamento para convivir con los vecinos, y es que habíamos vivido realmente en la penumbra, hasta desconocíamos que la Unidad tenía nombre, y se volvió a pintar en la entrada con letras rojas: “Unidad 16 de Septiembre”.

Todo hubiera sido perfecto, si no fuera porque teníamos pendiente el partido contra los *Frutilupis*. Nos costó mucho trabajo reunir el

equipo de futbol. Nadie quería participar contra ellos, les tenían miedo.

Mi hermano fue de los primeros en apuntarse, así que para no quedarme atrás yo también me inscribí, aunque me estaba muriendo de pánico. Entró también el hijo de Estelita y los gemelos del 301, y así, poco a poco, completamos el equipo.

La verdad es que no éramos buenos, pero confiábamos en que los *Frutilupis* tampoco lo fueran; a fin de cuentas, con todo lo que fumaban y bebían su condición física no sería precisamente olímpica.

Llegó el sábado y casi todos los de la Unidad estaban ahí. Creo que no se veía tanta expectación ni siquiera en un partido en el Estadio Azteca. Muchos sacaron sillas, mesitas para poner la botana, se hicieron pancartas de apoyo y hasta se improvisó una porra.

Cuando Rodrigo salió a la cancha, apareció arreglado justo como a él le gustaba: una camisa de manga corta que dejaba ver el tatuaje temporal y se había cortado el pelo de tal manera que sólo sobresalía un mechón erizado al frente de la cabeza.

Al verlo, la cara de mi padre adquirió un color parecido a una berenjena, pero se contuvo para no hacer un escándalo en público.

—Déjalo ahora –pidió mi madre—. Se ve tan contento...

Eso era cierto. Mi hermano se sentía realizado y ni siquiera desentonaba, pues todos saben que algunos jugadores de futbol tienen aspecto extraño, cabello con trencitas de colores, *piercings*, y nadie les dice nada.

El partido fue durísimo, y no es porque fuéramos muy buenos para jugar, sino muy mañosos. Hubo patadas, codazos, piquetes de ojos. Aunque la trampa mayor la hicieron los *Frutilupis* al poner como árbitro a uno de ellos al que le decían *El Sope*.

Creo que no he visto en mi vida sope más mañoso, nos marcaba fuera de lugar en todo momento, y jamás señaló las faltas de *La Liendre*. La gente empezó a chiflar enojada. Entonces la abuela Lupita decidió meterse.

—Basta, yo voy a ser el árbitro –lo dijo tan decidida que nadie se atrevió a contradecirla.

Así que con un mejor arbitraje (aunque la abuela no veía muy bien de cerca) el partido se puso buenísimo y pasaron cosas inauditas, entre ellas, que yo metí un gol. Creo que ese será uno de los grandes misterios de mi vida. Jamás supe cómo fue que la pelota rebotó en mi rodilla y fue a parar en la portería del equipo contrario, pero de todos modos fue muy emocionante, y

hasta mi hermano me empezó a ver desde entonces con más respeto.

Las cosas se complicaron en el segundo tiempo, comenzó a llover durísimo pero no se canceló el partido, estábamos muy entretenidos, hasta la abuela Lupita seguía corriendo empapada en la cancha como si fuera un niño.

Por desgracia, ninguno de nuestros esfuerzos valió la pena, al final el marcador terminó en 3-2, a favor de los *Frutilupis*.

Descubrí que eso de que al final ganan los buenos, sólo ocurre en el cine.

Pero lo peor de esa tarde no fue haber perdido las canchas o ser humillados en público, lo peor fue que con la empapada, la abuela Lupita se enfermó. Esa misma noche tuvo muchísima fiebre y al día siguiente ya no pudo levantarse.

Corrió la noticia y la gente comenzó a visitarla para llevarle remedios: que miel para la tos, vitaminas para las defensas, ungüentos y emplastos... hasta *El Memelas* fue a ver cómo seguía y le llevó de parte de su mamá una tisana para aliviar la garganta.

La abuela parecía un pajarito roto debajo de las cobijas, no era posible que esa anciana tan

pequeña hubiera estado dando órdenes en toda la Unidad. Como vimos que no mejoraba, mi padre mandó llamar a un médico y nos enteramos que tenía neumonía, lo mejor era llevarla a un hospital. Ella se negó, dijo que si se moría quería estar al lado de su familia. De sólo escuchar la posibilidad todos nos soltamos a llorar como si en verdad fuera nuestra abuela.

No sé si por respeto, culpa o simplemente porque estaban muy cansados luego del partido, los *Frutilupis* habían decidido no molestar a nadie por el momento. En la Unidad se respiraba un aire de tristeza, parecía cementerio. Entonces a alguien se le ocurrió poner un poco más de acción.

El jefe de los *Frutilupis*, o sea *La Liendre*, fue a visitar al jefe de nuestro equipo de futbol, o sea mi hermano Rodrigo.

—Venimos a ver si quieren jugarse la revancha —propuso *La Liendre*.

¿Habíamos oído bien? ¿Querían seguir jugando futbol? A lo mejor habían descubierto que era más divertido usar las canchas para jugar que para fumar.

—Pero el árbitro lo ponemos nosotros —puso mi hermano de condición.

Y así fue como se jugó el partido de la revancha; en esa ocasión ganamos 1 a 0. El gol lo

metió uno de los hijos del carnicero don Chava, que resultó ser un excelente delantero.

Al final los *Frutilupis*, no estaban nada contentos y pidieron un nuevo partido de desempate, y nosotros aceptamos, pues eso significaba que seguiríamos jugando.

Entonces sugerí que para que hubiera más partidos, podíamos organizar un torneo en el que cada edificio de la Unidad tuviera su propio equipo, y por ronda de eliminatorias elegir al ganador. A todos se les hizo una gran idea y nos pusimos a entrenar. Los *Frutilupis* no eran tan malos como habíamos pensado y hasta le dijeron a mi hermano que su peinado estaba muy bueno.

Todos los días llegábamos a contarle a la abuela sobre los partidos y cómo la Unidad seguía muy bien, que a alguien se le había ocurrido hacer letreros para que no nos olvidáramos de mantener limpias las jardineras. Y varios ya se habían ofrecido a ser los administradores luego que terminara nuestro periodo.

Con tal de que la abuela estuviera contenta, mi hermano y yo le ayudamos a lavar los trastes a mi madre, y aunque mi padre siguió criticando el peinado de Rodrigo, ya no lo obligó a que se lo cambiara.

Creo que esa fue la mejor medicina, pues poco a poco la abuela Lupita se fue recuperan-

do, y un día finalmente se pudo levantar. Estaba muy delgada pero tenía una gran sonrisa.

La gente volvió a visitarla para darle algunos regalitos; creímos que todo seguiría igual que antes, ya podíamos imaginarla metiéndose en problemas e ideando más planes descabellados. Pero jamás imaginamos lo que sucedió al poco tiempo.

Una mañana la abuela decidió salir de paseo, se puso su sombrero de flores, el blusón psicodélico y supuestamente se fue a tomar el sol... Fue la última vez que la vimos.

Así es, la abuela desapareció, del mismo modo que llegó. La buscamos por todos lados, dimos aviso a las autoridades y volvimos a poner anuncios con su foto, pero no tuvimos ningún resultado.

Fue un duro golpe para todos, aunque entendimos que posiblemente la abuela encontró a su propia familia o simplemente se fue a otro sitio donde la necesitaran más que nosotros.

Nadie jamás la olvidó en la Unidad 16 de Septiembre, e incluso bajo el nombre oficial alguien escribió: "Unidad Lupita", y así es como todos le llamamos desde entonces.

**Tarde o temprano
iba a empezar
la lluvia**

M. B. Brozon

Mónica Beltrán Brozon nació en la ciudad de México. Estudió la carrera de Comunicación en la Universidad Iberoamericana y después el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sogem. Ha escrito para cine y radio, y también narrativa.

En 1996 y en 2001 ganó el premio El Barco de Vapor, de Ediciones SM, con sus novelas *Casi medio año* y *Las princesas siempre andan bien peinadas*. En 1997 ganó el premio A la Orilla del Viento, del Fondo de Cultura Económica, con la novela *Odisea por el espacio inexistente*.

En 1998 publicó, junto con otros autores, la antología de cuento *Sexteto y otras piezas para cuatro manos* en Editorial Solar. En 1999 participó en el proyecto editorial ¡Ya leISSSTE? con el libro de cuentos *Famosas últimas palabras*. En 2000 publicó *Un ángel en la azotea y otros cuentos de Navidad* en ediciones SM, y en noviembre de 2002 presentará *Historia sobre un corazón roto... y tal vez un par de colmillos*, publicada por Alfaguara.

Tómese el siguiente párrafo como una breve nota a manera de antecedente de la historia que voy a contarles:

Resulta que como a casi toda la gente normal, a mí siempre me costaron un trabajo endemoniado las matemáticas. Esa fue una condición que marcó mi existencia desde que tuve que enfrentarme con las operaciones al revés, como yo les decía. Sumar era al derecho y podía hacerse más o menos fácil. Restar era al revés y me costaba algo de trabajo. Un tiempo después, no me pareció demasiado engorroso multiplicar, que se hacía al derecho (hasta me aprendí las tablas) y, si bien no era mi pasión, tampoco me causaba grandes conflictos. Luego dividir. ¡De nuevo hacer las cosas al revés! Detesté las divisiones desde la primera que hice. Como les digo, esto lo cuento sólo como antecedente para que se den una idea de que las matemáticas no eran mi fuerte; y es que, a fin

de cuentas, las matemáticas fueron las principales culpables de todo lo que pasó después.

Era el segundo de secundaria. Ya tenía yo noticias de lo fatídico que podía llegar a ser el segundo de secundaria; todo el mundo le decía “la coladera”, pues era el año en el que más alumnos se atoraban. Bueno, yo soy una prueba viviente de que eso no es un mito. Reprobé, claro está, matemáticas. Y no sólo el examen final, sino también el extraordinario. Un examen extraordinario no era algo que no hubiera padecido antes, pero, al menos de panzazo, todos los había pasado. Con las matemáticas de segundo de secundaria no ocurrió así. Primera vuelta de extraordinario; una semana después, segunda vuelta. No hubo manera de pasarlos. Y, algo de lo que yo no me había enterado antes era de que la política de la Benito Juárez y del resto de las escuelas era no recibir alumnos rezagados para el año siguiente. Ya había empezado a sospecharlo cuando llegó el secretario de la escuela a repartir las reinscripciones y yo fui arteramente ignorada. Un par de semanas y dos extraordinarios reprobados después, me encontraba entrando en la oficina del profesor Villarreal, el director, que no era profesor y que no figuraba mucho en la escuela, más

que cuando se trataba de dar noticias terribles. Mis padres estaban sentados en sendas sillas frente a su escritorio. Eso pintaba inexorablemente como para juicio sumario. Todos tenían las caras largas, la mía se alargó miméticamente y entonces recibimos la fatal noticia: si yo quería permanecer en la Benito Juárez, tendría que volver a cursar el segundo año de secundaria. Para mí, claramente era preferible arder en el infierno que ver a todos los compañeros de toda una vida asistiendo al nivel inmediato superior y yo quedarme estática, haciendo gala de mi estupidez durante todo un año. Impensable. Para mi papá, pagar otro año de escuela también parecía una posibilidad poco viable. Mi mamá fue la única que en ese momento no opinó nada, estaba guardándose para lo que vendría más tarde.

Hubo reunión familiar, con su respectiva dosis de reproches por parte de mis dos padres. Que si me la pasaba baquetoneando todo el tiempo, que ni que las matemáticas fueran tan difíciles, etc. Yo, haciendo gala de un cinismo más bien inusual en mí, los reté a que resolvieran un quebrado, cosa que ninguno de los dos pudo hacer, y de esa manera logré al menos que el tono de la conversación se suavizara un poco. Durante todo el diálogo, yo no dejaba de

repetir mi petición, que era más bien súplica, sobre buscar otra escuela.

Yo estaba triste. Toda mi vida había estado en la Benito Juárez, mis mejores amigos y peores enemigos estaban allí, y sabía que iba a extrañarlos por parejo. Pero era preferible padecer la nostalgia que la humillación de recurrir un grado en la misma escuela. Mi papá opinaba que ese sería un buen castigo. Pero mi mamá dijo muy sensatamente que sintiéndome como me sentía ante la idea, lo más probable era que me pasara todo el año sumida en la frustración y que no habría manera de que rindiera en la escuela. Mi papá, después de pensarlo unos minutos que me parecieron décadas, aceptó.

La búsqueda de nueva escuela iba ser mi responsabilidad. Eso me hacía sentir importante, pues a fin de cuentas yo misma sería quien decidiera el rumbo que iba a tomar mi vida. Pero al mismo tiempo era una búsqueda triste, que significaba dejar atrás a mis amigos, a mis profesoras... hasta a la señora Gloria que atendía la tiendita. No, no iba a ser nada fácil.

Comencé por buscar en el directorio telefónico las escuelas que estaban cerca de mi casa. Había cuatro a las que podía llegar fácilmente

tomando un solo autobús. Las tres primeras me parecieron espantosas. Era difícil que me gustara una escuela en esa época del año; las clases habían terminado, y los edificios parecían muy tristes y solitarios. La cuarta era mi última esperanza. El tiempo corría, y mis papás empezaban a ponerse nerviosos con mis indecisiones, así es que resolvieron acompañarme al Instituto Santa Fe, frente al cual habíamos pasado algunas veces; una escuela mediana, que tenía un uniforme rojo con azul nada original.

El Instituto Santa Fe, a diferencia de las demás escuelas que había visitado, ofrecía cursos de verano. Era un panorama distinto ver niños dentro de esas paredes, sin uniforme y tomando clases de verano, así es que de entrada el Instituto Santa Fe tenía un punto a favor conmigo.

Nos recibió la profesora Hernández, directora de secundaria. Antes de evaluar mi caso particular, nos describió la escuela: disciplinada, de alto nivel, dijo. Tenían mucho cuidado para escoger a la gente que asistía; el nivel académico era importante, pero aún más importantes eran los valores. “Los valores”, pensé, “yo no tengo problema con los valores”. Y mientras hablaba de este asunto yo podía ver las miradas que intercambiaban mis papás y que querían decir que les estaba pareciendo muy bien. Des-

pués vino un interrogatorio disfrazado de conversación en el que la profesora Hernández averiguó todo —o casi todo— sobre mi vida. Que cuántos hermanos tenía, de qué edades, en dónde vivíamos y habíamos vivido, que si mis papás estaban juntos, mis abuelos vivos, en fin, todo. Supongo que a partir de mis respuestas ella dedujo que mis valores estaban bien, y era una suerte, porque no traía yo ninguna referencia escrita acerca de ellos. Ni una carta de buena conducta se me ocurrió pedir en la Benito Juárez, y tampoco estoy segura de que me la hubieran dado. Mis referencias académicas eran mis boletas de primero y de segundo y mi certificado de primaria. La profesora Hernández los vio con calma y después dijo:

—Deberás presentar dos exámenes, uno académico y uno de personalidad.

Mis papás asintieron al mismo tiempo. Todo parecía indicar que mi futuro inmediato se encontraba en el Instituto Santa Fe.

Unos días después lo confirmó la misma profesora Hernández, cuando llamó a casa para avisarme que había sido admitida.

Francamente sí parecía una verdadera lata eso de comenzar de nuevo. Por una parte sabía que a causa de las malditas matemáticas ten-

dría que soplarme todas las demás materias que ya había aprobado. Pero sobre todo porque no era yo un ejemplo de desenvolvimiento en sociedad. Si había hecho amigos en la Benito Juárez, era porque había estado muchos años allí, pero no había sido fácil. En general me costaba mucho relacionarme, y eso era lo que más me asustaba de entrar a una escuela nueva. Las opiniones de algunos de mis familiares no ayudaban:

—Escuela nueva, es horrible —me dijo mi primo Pepo—, de tantos nervios no te sirve ni el desodorante.

Así es que el primer día de clases yo iba preocupada, además de por todo lo que en realidad tenía que preocuparme, por terminar literalmente siendo una apestada. A primera hora del primer día, la profesora Hernández entró al salón para presentarme. A mí, nada más. Nadie nuevo, sólo yo, era una triste realidad. Al menos si hubiera habido aunque fuera uno más, ya habría por *default* una circunstancia común con alguien, pero por lo visto en el Instituto Santa Fe no se practicaba mucho el reciclaje de alumnos. Y, bueno, todo el mundo sabe cómo funcionan las cosas en las escuelas, llámese Instituto Santa Fe o cualquier otra institución del mundo.

Ser el nuevo nunca es agradable; mucho menos cuando se es el único nuevo de una escuela donde todos los grupitos parecen ser absolutamente sólidos. Estaban los típicos: el de las niñas fresas, el de los chavos lidercitos, que en este caso eran un par apenas; el de los estudiosos *nerds*. Otro, más numeroso, conformado por esas personas que no llaman demasiado la atención y se protegen unas a otras. No parecía que yo pudiera caber en ninguno. Algunos compañeros me hicieron las preguntas esperadas acerca de por qué me había cambiado de escuela y demás, a las cuales yo respondí sin mucha honestidad, pues tenía claro que jamás admitiría que estaba cursando segundo de secundaria por segunda vez. Mis respuestas eran cortas y no muy cálidas; francamente no sentía demasiadas ganas de integrarme. Tal vez porque, a pesar de que procuré mantenerlo en estricto secreto, yo sí sabía que estaba recurriendo. Era una alumna reprobada y eso me hacía sentirme menos que los otros. Pero, sobre todo, porque extrañaba la Benito Juárez.

Llegué a la mitad de la semana sin haber hecho un solo amigo, pero sin haber tampoco desafiado la efectividad del desodorante, así es que se nivelaba la cosa y para mí, hasta entonces, todo estaba más o menos bien. Y se

puso mejor en la tercera hora. Era la clase de español; en ella supe que, después de todo, no estaría sola en mi condición de nueva en el Instituto Santa Fe.

Entró al salón casi confundiéndose con uno de nosotros. Era un maestro, pero parecía bastante joven. Todos los alumnos lo veían de una manera parecida a como me habían visto a mí la primera vez que entré en ese salón. Una vez que estuvimos todos callados y sentados se presentó:

—Me llamo Eduardo Salazar, yo les voy a dar la clase de español.

Eduardo suplía a la maestra titular de la materia, que había dado la clase durante muchos años, pero acababa de renunciar porque estaba a punto de cumplir los 70 años y a esa edad ya no le daban ganas de seguir lidiando con una bola de adolescentes. Por los comentarios que alcancé a oír, era una suerte que la maestra anterior decidiera retirarse, pues tenía fama de ser capaz de dormir al más avisado.

En fin, Eduardo nos pidió que no le habláramos de usted ni le dijéramos profesor Salazar. A más de uno le costó trabajo lograr llamarlo por su primer nombre, pero después de hacerlo dos o tres veces resultaba de lo más natural, especialmente tratándose de un maestro tan joven. Eduardo dio

una clase muy entretenida. Al principio parecía tímido, cosa que se le quitó en el instante en que empezó a hablar del tema que tocaba; no recuerdo cuál era, pero sí recuerdo que Eduardo podía hablar de cualquier cosa y hacerla apasionante. Yo me la pasé de lo mejor; no era fácil encontrar un maestro que te hiciera reír tanto. No fui yo la única; los comentarios a la salida me confirmaron que, en efecto, era una suerte haber cambiado de maestro.

Para ese momento yo seguía intercambiando algunas frases corteses con ciertos alumnos. Ese día en particular contesté que vivía cerca, que sí, el sol estaba muy fuerte y que me gustaba leer: aún era demasiado pronto como para sentarme a platicar con alguien, así es que yo llevaba un libro para que me hiciera compañía en el recreo. Sin ser una gran fanática de la lectura, ésta era uno de mis entretenimientos. El libro en turno era uno que yo ya había leído, y que esperaba que me diera un aire de seriedad ante los alumnos y profesores de la escuela. Yo creía que el hecho de leer, aunque fuera un *best seller* de cuestionable calidad, lo lograría. Me senté en una esquina del patio a leer *Pregúntale a Alicia*, un libro que estuvo muy de moda entre los adolescentes de entonces y que trataba de una muchacha drogadicta.

Pronto el sol me hizo recordar la advertencia de mi primo Pepo y decidí buscar una sombra.

—¿Qué estás leyendo? —escuché una voz salvadora detrás de mí. Era la de Eduardo. Sin decir nada le mostré el libro. Le dije que me gustaba leer, y después afirmé con un aire ridículamente doctoral, que ese libro era muy bueno para evitar que los chicos como yo cayéramos en malos pasos. Él sólo se sonrió, hizo un ademán de despedida y me volvió a dejar sola. Suspiré triste, pensando que me hubiera venido bien un poco más de conversación, y me senté de nuevo a leer. Eduardo apareció unos minutos después, con un libro en la mano.

—Toma, si te gusta leer, mejor léete éste —dijo al tiempo que me daba el volumen—. ¿Lo conoces?

Era *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger. Yo no tenía ni idea y negué con la cabeza. Él aseguró que me iba a gustar.

—Es un clásico de la literatura norteamericana —me explicó—. Lo único malo es que es una traducción española, así es que probablemente encuentres palabras raras, modismos que no entiendas, pero si tienes dudas el viernes me preguntas.

Yo le ofrecí mi libro y él lo tomó. Pero yo sabía que no tenía pensado leerlo.

Era un libro buenísimo ese del Guardián. Curiosamente, trataba de un muchacho como de mi edad al que expulsaban de la escuela y tenía que pasar unos días solo en Nueva York antes de poder regresar a su casa. Para la clase del viernes yo ya lo había terminado y ya sabía que en España un tipo muy bruto es un “tío muy gilipollas”. Realmente divertido. Me bastaron dos tardes para terminarlo. Y esperé con muchas ganas el viernes, porque de nuevo tendríamos clase de español.

La clase de Eduardo fue tan buena como la que nos había dado el miércoles. Nunca había visto yo un grupo tan atento y, sobre todo, tan divertido. Eduardo no dictaba, lo único que escribía en el pizarrón eran monitos. Para enseñarnos la teoría usaba juegos de preguntas haciéndonos sentir como en un concurso de televisión. Y la segunda parte de la clase leía un cuento. Hacía las voces del narrador y de los personajes. Los casi 40 alumnos permanecíamos en silencio durante toda la lectura, a excepción de cuando Eduardo salía con alguna de sus bromas y entonces todo el grupo se echaba a reír. Eso sucedía también con los demás grupos de la secundaria: se sabía que Eduardo estaba dando clase porque se oían las carcajadas de todos a través de la puerta.

Después de la clase, esperé que se dispersaran los montoneros que al terminar solían rodear a Eduardo y me acerqué con el libro en la mano.

—Me gustó mucho.

—¿Tan rápido? ¿Lo leíste todo? —había un acento de divertida desconfianza en su pregunta.

—Sí, todo.

Le pregunté si él había leído el de Alicia.

—Parte —dijo él.

—No importa, puedes quedártelo, yo ya lo había terminado antes, la verdad —le dije.

Y sí, se lo quedó, probablemente para ponerlo en el *boiler*. Supongo que pensaba que mi libro era una basura, pero tuvo la delicadeza de no decirlo, y simplemente hacerme decidir por mí misma al darme bases de comparación.

Sé que todos apreciaban a Eduardo, pero estoy segura de que ninguno como yo. Después de *El guardián entre el centeno* me prestó *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain, que yo sólo había visto en caricatura. Después a Ibarguengoitia y a García Márquez; luego avanzamos un poco y llegamos a Cortázar. Y hasta Borges. Y yo no siempre entendía, pero en eso se nos iban los recreos; Eduardo me sacaba de todas mis dudas cuando podía, cosa que no

siempre era así. A veces la duda era mutua y prometía averiguar, pensar, resolver, y nunca dejaba una promesa sin cumplir. Así es que la mayor parte de los recreos de los miércoles y los viernes me la pasaba con él. Con frecuencia otros alumnos se acercaban a nosotros, pero casi nunca se quedaban a platicar, a menos de que estuviéramos hablando de algo visto en la clase.

Pronto Eduardo se había convertido en mi mejor amigo. Mis relaciones con los demás alumnos no estaban mal en absoluto, pero tal vez no me interesaba demasiado cultivarlas, para mí era un año raro porque era repetido, y quizás inconscientemente había resuelto que ese año nada de pachangas, que, como decían mis papás, la escuela no era club social, que se iba a estudiar. Pero todos me saludaban, y yo a ellos, y además, digamos que como yo ya había hecho segundo de secundaria, estaba un paso adelante de los demás en casi todo. Menos, claro, en matemáticas. Competía con Carlos, el líder del grupito de los listos que, además —combinación ciertamente extraña—, era uno de los más populares. Pero no llegaban las cosas a más que pedir la palabra para responder a una pregunta que nadie más sabía. No había una rivalidad en serio, porque a mí no me interesaba y supongo que a él tampoco.

Así pasaron algunos meses. No dejaba de ser extraño asistir a una escuela donde tu único amigo es un profesor y, además, sacar buenas calificaciones, que era algo que nunca se me había dado antes. Pero estaba contenta. Las lecturas que me daba Eduardo y los recreos que usábamos después para comentarlas me eran suficientes. También era extraño que yo considerara a Eduardo como mi amigo, y que jamás hubiéramos hablado de algo que no fuera acerca de los libros. Yo no sabía nada de su familia, ni de sus amigos, ni de su pasado; y él tampoco sabía nada de mí. La única vez que lo vi fuera de la escuela y que no hablamos de libros fue en el centro comercial. Un sábado. Yo normalmente iba con mis papás y él estaba sentado en una heladería con una señora mayor y un muchacho.

—¡Mamá, papá, miren, ese es Eduardo, el profe de español!

Les había yo hablado muchísimo de Eduardo. Es más, creo que más de una vez los había llegado a atosigar con mis conversaciones llenas de cumplidos para él. Así es que no iban a perder la oportunidad de conocerlo. Nos acercamos a su mesa. Él parecía contento de encontrarnos, se paró y se acercó a nosotros.

—Mira, te presento a mis papás —le dije después de saludarlo.

—Marisa nos ha hablado mucho de usted —mi papá le decía de usted a cualquiera que acabara de conocer, así fuera un niño de ocho años.

—Vengan, déjenme presentarlos —dijo Eduardo. Nos acercamos a la mesa.

—Ella es mi abuelita, y él es Roberto.

Nos saludamos todos muy correctamente, Eduardo dijo que yo era una chica estupenda y mis papás le dijeron que yo no hacía otra cosa que hablar bien de él. Nos despedimos con mucha amabilidad y eso fue todo.

Bueno, al menos ahora sabía que Eduardo tenía una abuelita y la llevaba a tomar helados. Y un amigo que se llamaba Roberto. No era gran cosa, pero de todos modos me dio gusto haberlo encontrado y cruzar aunque sea tres frases en un contexto fuera de la escuela y la literatura. Eso quizás alguna vez me daría un pretexto para entablar una conversación que no tuviera que ver con los libros.

Así se fue el primer semestre del año. Entre las demás materias, todos los alumnos, y en particular yo, esperábamos con verdaderas ganas las clases de Eduardo, y mucho más cuando tuvo la ocurrencia del examen semestral, que anunció unas semanas antes de que sucediera, porque había que prepararlo. Dividido el salón

en grupos, cada uno tendría que hacer una representación teatral de alguno de los cuentos de *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

Parecía muy buena idea, excepto por el proceso de selección. Los grupos empezaron a formarse y yo empecé a sudar frío como siempre. Sabía que nadie iba a escogerme. Al final podría quedar como comodín en cualquiera de los grupos, sin problema, pero nadie iba a escogerme en primera instancia. Eso me pesaba. Me pesaba que Eduardo atestiguara eso, aunque sabía que para él no implicaba que ser más o menos popular me hiciera mejor o peor persona. Todos estaban parados, juntándose unos con otros, y yo preferí pedir permiso para salir al baño en medio del merengue aquel. Claro que no quería ir al baño; me quedé afuera del salón esperando el silencio de nuevo: entonces sabría que los grupos ya habían terminado de formarse, y que yo no había sido escogida por la única razón de que no había estado presente. No era tan bueno mi plan, por lo visto, porque un momento después salió Eduardo y me descubrió ahí agazapada junto a la puerta.

—Ya regresé del baño —dije con una sonrisa boba, pero no pude disimular el tonito colorado que se me sube a la cara siempre que digo una mentira.

Yo no dije nada más, pero Eduardo pareció adivinar mi estrategia.

—¿Sabes? —empezó a decirme—, los libros pueden ser tus grandes amigos, pero no deben ser los únicos. Ahí dentro hay treinta y tantas personas a quienes vale la pena conocer, que piensan distinto, que son capaces de entender lo que tú piensas y lo que sientes también. ¿No te dan ganas de pronto de compartir, por ejemplo, la emoción de tus lecturas con alguien?

—Pues sí, contigo —respondí tratando de quitarme el puchero de la cara.

—Eso está bien, pero hace muchos años que yo pasé por tu edad. Necesitas gente que tenga los mismos problemas y las mismas inquietudes que tú tienes. ¿Por qué no les das una oportunidad?

—¿Tú tienes muchos amigos? —le pregunté.

—No muchos, pero los que tengo los cuido, porque me hacen falta, y a mí me hace bien sentir que me necesitan también. Y, ¿sabes que a la mayoría los conocí cuando tenía tu edad?

Eduardo me revolvió el copete y me sonrió.

—¿Vamos a tratar? —preguntó sin borrar la sonrisa. Yo se la copié y asentí. En ese momento ya era mucho más mi amigo que antes. Me tomó de la mano y entramos de nuevo al salón.

Justo cuando los equipos habían terminado de formarse.

Suspiré de alivio al darme cuenta de que no era yo la única que quedaba para comodín. Carlos también, lo cual era algo insólito. Pero ahí estaba, apartado en una esquina del salón con cara de pocos amigos.

Había tres grupos de nueve y uno de diez. Carlos y yo tendríamos que acabar en alguno de los de nueve.

Eduardo preguntó en cuál preferíamos quedarnos.

—Por mí en cualquiera está bien —dije yo.

—¡Aquí Marisa, aquí Marisa! —gritó Rebe González, una niña que siempre estaba pasándole papelititos a todo el mundo, incluyéndome a mí; y me parece que nadie se los contestaba más que yo. Eduardo me hizo un guiño mientras yo caminaba hacia Rebe.

—A mí me da igual —dijo Carlos. Su mal humor hacía contraste con el ánimo del resto del grupo. Nadie lo tomó en cuenta, se acomodó en el equipo que sobraba y comenzamos a planear la adaptación de los cuentos. Yo no podía dejar de sonreír. Por primera vez me sentía en verdad a gusto en la escuela.

Para la clase del siguiente viernes yo ya había leído, además de *Diles que no me maten*, que era

el cuento que habíamos elegido representar en mi grupo, *Rebelión en la granja*, de George Orwell, que por supuesto también había sido un préstamo de Eduardo. Pero fue una de las clases más ajetreadas, dos de los grupos estábamos de lo más entusiastas, haciendo preguntas, ensayando nuestros incipientes diálogos, y Eduardo se pasaba de un grupo a otro corrigiendo, sugiriendo líneas, etcétera.

—Esto es un reto, chicos, Rulfo es de lo más difícil de adaptar... se ha intentado ya en cine, en teatro, y los puristas dicen que una adaptación es imposible, casi una afrenta... —nos platicaba divertido Eduardo.

El equipo que no parecía muy contento era el de Carlos. Ellos hablaban en voz baja y no participaban con el resto. Eduardo se acercó varias veces a preguntarles cómo iban, para obtener como respuesta cuando mucho un escueto “bien”, acompañado de una decena de miradas que quién sabe qué querían decir. Nadie de los otros grupos lo notó, tan entretenidos estaban trabajando las historias de Rulfo. Pero yo sí.

En el recreo tampoco pude ver a Eduardo para comentar el libro y devolvérselo, pues los dos grupos nos quedamos en el salón avanzando con nuestras adaptaciones. De modo

que al oír el timbre de salida, corrí fuera del salón antes que nadie para encontrarlo y no quedarme esa semana sin aunque fuera algo de la plática a la que ya me había acostumbrado tanto. Lo encontré fuera del salón de maestros y le devolví el volumen. Caminamos juntos hacia la salida, mientras él sacaba mi próximo préstamo de su portafolios.

—Mira, *El forastero misterioso*, también de Twain; si te gustó *Tom Sawyer*, éste te va a encantar.

—¡Gracias! —la sola mención de un nuevo título me entusiasmaba.

Caminamos hacia la salida mientras él me señalaba las similitudes del comportamiento de los animales del libro de Orwell con el de las personas que conforman la sociedad. Yo lo miraba, me gustaban los gestos de entusiasmo que hacía al hablar de lo que le apasionaba. Pero de pronto, su semblante cambió por completo. Se quedó en silencio mirando hacia a algún punto al que yo también dirigí mi vista. Era su auto, que de por sí estaba bastante maltratado y que ahora, además, tenía dos cristales rotos y un enorme letrero amarillo que decía: “¡FUERA!” Eduardo enrojeció, pero su gesto parecía más bien de preocupación que de cólera. Miró hacia atrás, como para ver qué tantos testigos

había. Yo lo primero (y lo único) que pensé fue que aquello era obra de un grupo de fanáticos de Juan Rulfo (de esos que Eduardo nos había platicado) que estaban protestando por nuestras futuras adaptaciones.

—Qué gachos —murmuré.

Eduardo me miró con un gesto raro, quizá de tristeza, quizá de enojo.

—Tarde o temprano iba a empezar la lluvia —me dijo.

Con una prisa que le entró de pronto, corrió al auto, se subió y se fue, sin volver la vista ni por un momento.

Si entre los alumnos de mi salón hubiera yo tenido un amigo-amigo, hubiera regresado para contarle lo que había visto, para preguntar, especular un poco y tal vez encontrar alguna manera de ayudar.

Sí hice lo último, pero un rato después, sola en mi cuarto, mirando la portada de *El forastero misterioso* y pensando en qué podía querer decir esa última frase de Eduardo. “Tarde o temprano iba a empezar la lluvia”, sonó toda la tarde en mi cabeza.

Por alguna razón no quise comentar el hecho con mis papás. Sólo se lo conté a mi primo Pepo, quien me dijo que mi teoría sobre los fanáticos de Rulfo era una idiotez.

Pero después de seguir pensando todo el fin de semana, no se me acabó de ocurrir por qué otra razón alguien podía haberle hecho eso a Eduardo, que era un tipo tan bueno.

El lunes siguiente me puse muy atenta para ver si escuchaba algo, pero no fue así. Lo único fuera de lo común que vi fue a Carlos, que platicaba con algunos, y cuando me acerqué según yo muy casual para tratar de escuchar algo, él y los que lo rodeaban guardaron silencio.

Decidí esperar hasta el miércoles para hablar con Eduardo directamente y preguntarle quién había hecho eso; estaba dispuesta a romperle las narices al responsable. De tanta preocupación, para el miércoles aún no había acabado de leer *El forastero*. No salí en el primer descanso, preferí quedarme a avanzar un poco con la lectura, y esperar a que Eduardo entrara en el salón para ser la primera en hablar con él.

Pero al acabar el descanso, en lugar de verlo a él atravesar la puerta del salón, vi a la profesora Hernández. Supe que algo estaba mal y el corazón empezó a latirme rapidísimo. Una vez que todos estuvimos sentados y en silencio, la profesora Hernández habló.

—El profesor Salazar ya no va a venir a darles clase. Mientras buscamos un maestro que lo

reemplace, yo voy a orientarlos para seguir con el temario.

De inmediato se levantó un rumor que la profesora silenció de inmediato.

—Espero que esta situación se resuelva a más tardar la semana que entra. Hoy empezaremos a entrevistar candidatos.

Dicho esto, se puso a hojear el libro y a hacer preguntas de lo que habíamos visto, mientras yo volteaba a ver a todos aguantándome las lágrimas. Era evidente que para muchos la noticia también había sido terrible, pero no para todos. No para Carlos, que naturalmente fue el primero en quien me fijé. No podría decir que parecía contento, pero tenía una mirada serena y como satisfecha. En el salón se respiraba todo menos tranquilidad y, aun así, nadie se atrevía a decir nada. La profesora Hernández no dejaba de mirar el libro, así es que no vio mi mano levantada y yo me resolví a hablar sin que me diera la palabra.

—¿Por qué ya no va a venir el profesor Eduardo?

Ella pensó un poco antes de responder, mientras el rumor comenzaba a elevarse de nuevo; la profesora lo apagó con un ademán.

—Fue una decisión conjunta de la Dirección y el comité de padres de familia.

La profesora cambió el tema y, aunque habíamos algunos que no pensábamos conformarnos con eso, nos dimos cuenta de que ella no iba a decir nada más. Nos dejó de tarea hacer media docena de ejercicios del libro y salió del salón.

Algo me decía que el único que podía dar una explicación acerca de todo eso era Carlos. Hice un esfuerzo heroico por no echarme a llorar mientras iba a pedírsela. Él estaba serio; su voz no tenía el sarcasmo que yo hubiera esperado escuchar.

—Simplemente la junta consideró que no era bueno tenerlo como maestro —dijo levantando los hombros.

Varios nos juntamos alrededor de Carlos; las preguntas empezaron a llover con esa furia que da la impotencia para obtener una respuesta, porque él tampoco parecía dispuesto a contestar nada.

—¿Por qué no averiguan en la Dirección? ¡Déjenme en paz! —acabó diciendo y también salió del salón.

Había algunos que tenían cara de saber también qué estaba pasando. El salón se dividió en dos bandos, uno éramos los defensores de Eduardo, el otro los fiscales. Pronto la discusión se tornó absurda: la defensa no sabía de qué se le acusaba, y la fiscalía sólo afirmaba

que estaba de acuerdo con su despido, pero no quería decir nada más.

No hice los ejercicios. Durante toda la hora de español seguí leyendo lo que mis ojos empañados me permitieron de *El forastero misterioso*, y tratando de pensar en alguna forma de averiguar qué diablos había pasado. No se me ocurrió nada, pero finalmente esa tarde no me iría a casa con la duda. A la hora de la salida Carlos me alcanzó cuando ya iba a media cuadra de la escuela. Le eché la más fulminante de mis miradas.

—Mira, te lo voy a decir porque sé que te entendías bien con Eduardo y que te duele más que a todos que se haya ido, pero a ver si de una vez te desengañas —hizo una pausa y yo sentía que empezaban a temblarme las rodillas—. ¡Tu superprofesor al que tanto quieres y admiras, en realidad no es más que un marica!

Debo haber puesto tal cara de asombro que hasta me dolieron los ojos de tanto abrirlos. No estaba segura de lo que Carlos quería decir con eso. Ese era un insulto que usaban entre muchachos y siempre lo decían por decir. Carlos se dio cuenta de que no estaba entendiendo nada.

—El mejor amigo de mi hermano vive en su edificio —siguió—. Yo lo vi, hasta vive con otro

tipo, la Dirección lo investigó, y todo es cierto, es un homosexual, y nunca dijo nada de eso en la entrevista.

Hasta entonces empecé a llorar.

—¿Cómo crees que podemos tener gente de esas costumbres enseñándonos? —siguió Carlos—. Así es que ya, deja de hacerte líos, la Dirección y el comité de padres tomaron la decisión correcta.

Carlos terminó de hablar y yo me quedé allí, con los pies cosidos a la banqueta, recordando de golpe el encuentro en la heladería del centro comercial, las clases, una parte de *El guardián entre el centeno* en la que se hablaba de unos homosexuales... en fin. No sé cuánto tiempo estuve allí, tratando de aclarar o al menos de organizar un poco mis pensamientos.

Era difícil que pudiera concentrarme para hacer alguna tarea esa tarde. Además, pronto resolví que la única tarea que me tocaba hacer en ese momento era pensar en algo para impedir lo que consideraba una enorme injusticia. Es cierto que antes de eso yo no había enfrentado un problema así, sólo había oído hablar de la homosexualidad a veces en la televisión, y los únicos homosexuales que conocía eran algunos personajes de los libros que había leído.

En el momento que Carlos me lo dijo me provocó sorpresa porque era algo que no hubiera imaginado, pero de ninguna manera mi silencio significaba que estuviera de acuerdo con él. No encontraba ninguna relación entre lo que sea que fuese la vida privada de Eduardo y su desempeño como profesor. ¿Qué tenía que ver? Pensé en esta pregunta por horas y resolví que nada. Evidentemente vino a mi cabeza una frase que muchas veces había escuchado en la Benito Juárez, de la autoría de él mismo y que todo el mundo conoce pero no siempre lleva a la práctica: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. En eso se resumía todo. Eduardo era libre de ser diferente y nadie tenía derecho a quitarle su trabajo por eso; él no había roto nuestros esquemas, jamás había hablado ni media palabra acerca de su vida privada, nunca nos había escandalizado, al contrario, nos enseñó que era distinto porque podía convertir una clase en una celebración. Durante seis meses todos estuvimos de acuerdo en ello, hasta el mismo Carlos.

Dormí apenas un rato. Entre la tristeza y el esfuerzo mental para tratar de comprender el punto de vista de “la Dirección y el comité de padres de familia”, se me fueron casi todas las horas de la noche. Pero al día siguiente les di-

ría. Y tendrían que entenderlo, no era cosa más que de sentido común. Ser homosexual no hace a alguien peligroso, ni mala persona. Eduardo era un gran maestro, y eso podían preguntárselo a cualquier alumno que hubiera tomado clase con él. Simplemente lo otro no tenía nada que ver. Debían entenderlo, era cosa de lógica. Nada más. No sé ni qué hora era cuando encendí la luz de nuevo para escribir todas mis reflexiones en una carta en la que al final pedía que nos devolvieran a nuestro maestro. Al terminar sonreí, imaginando los cientos de firmas que al día siguiente estarían bajo mi última línea, y fue hasta entonces cuando pude finalmente dormir un poco.

Al día siguiente llegué a la escuela derramando optimismo. Pero pronto éste fue desinflándose, cuando traté de hablar con algunos para explicarles lo que ahora sabía, para que conocieran la inmensa injusticia que se había cometido con Eduardo. No hubiera sospechado que alguien se negara a firmar la carta, y sin embargo así fue. De cinco compañeros con los que hablé, sólo uno se atrevió a firmar, con una mano insegura y nerviosa.

—Ya te dije que no te metas en líos —me dijo Carlos mientras yo miraba triste la hoja con las

únicas dos firmas—. No sé cómo era tu escuela anterior, pero aquí no vas a lograr nada.

No le creí. Y no pensaba darme por vencida. Esa tarde seguí averiguando. Aunque no solía yo tener conversaciones de ciertos temas con mis papás, no encontré con quién más acudir. A la hora de la cena, con la naturalidad que hubiera usado para pedirle la sal, le pregunté a mi papá qué opinaba de la homosexualidad.

—Me parece un poco extraño, pero pues cada quien.

Cada quien, ciertamente. Era como la frase de Juárez en versión resumida. Mi mamá y él se soltaron hablando del asunto. Así me enteré de que muchos de los grandes lo fueron. Oscar Wilde, Tchaikovski, Leonardo da Vinci, nomás por decir algunos. Vaya pues, hasta Sócrates. ¿Y qué ellos no habían sido nuestros maestros? Mi papá contó de un empleado que había trabajado con él en su antigua oficina, que era simpatiquísimo, dijo.

—¿Y todos lo sabían? —pregunté yo.

—Pues, sí, prácticamente.

—¿Y no lo corrieron?

—Claro que no, ¿por qué habrían de correrlo? —dijo mi papá, como si fuera la cosa más elemental del mundo.

Suspiré: estábamos de acuerdo. Les conté

entonces lo que había pasado en la escuela. De algún modo quería avisarles que pensaba hacer una revolución. Y me vino muy bien saber que ellos estaban de acuerdo conmigo y me apoyaban.

Esa noche volví a escribir la carta. Esta vez la hice a máquina, dirigida a la Dirección y al comité de padres, y le engrapé dos hojas blancas para las firmas. Cada vez estaba más segura de que hacía lo correcto. Mi responsabilidad era convencer a los demás de que así era. Pero estaba muy nerviosa. Eso implicaba una labor de convencimiento para la cual era necesaria la interacción con los demás, que como conté antes, no se me daba fácil.

Empecé con Rebe, porque era la única que me había dado espontáneamente una muestra de aprecio al escogerme para su equipo. Ella, como todos los demás, tenía una primera impresión de la historia. Si la Dirección y el comité de padres lo habían decidido, tenía que estar bien. Le leí la carta. Cuando terminé Rebe me miraba con ojos muy extrañados.

—¿Oscar Wilde? ¿El de *El fantasma de Canterville*?

Eduardo, por cierto, nos había leído ese libro. Yo asentí.

—Es como si a ti te corrieran de la escuela

porque te gusta el helado de mamey y aquí a nadie le gusta –le dije.

—Claro que no, los helados de mamey no tienen nada de malo.

—¿Y lo otro sí? –le pregunté.

—No sé –dijo con un aire dubitativo–, es raro.

—Bueno, haz de cuenta que te corrieran porque te gustan las aceitunas con crema chantilly. Eso es raro, ¿no?

No estaba segura de estar usando los ejemplos adecuados, pero de todos modos dejaron a Rebe pensativa.

—Pues sí... igual no tiene nada que ver –susurró, para luego decir con un aire más resuelto:– y la verdad es que Eduardo es de pelos, de todos modos.

Rebe se unió a mi causa. Para el final del recreo, juntas ya habíamos reunido 15 firmas. A Rebe le había parecido buenísimo el ejemplo de las aceitunas y lo decía con mucho entusiasmo. Al principio era difícil, pero todos terminaban por estar de acuerdo en que Eduardo era un gran maestro y lo demás no tenía nada que ver. Esa tarde llegué a mi casa con la primera hoja llena de firmas. Veintidós, en total.

Los días siguientes no era sólo yo quien se dedicaba a recolectarlas. Rebe y algunos otros

me pidieron copias de la carta para pasarla. Finalmente todos queríamos de vuelta a Eduardo. Y más cuando llegó la nueva maestra. Era una güerita de unos 30 años, muy bien arreglada, que tenía una familia ejemplar y una terrible incapacidad para transmitir conocimientos. Lo primero que hizo fue cancelar las representaciones de Rulfo, pues le pareció que era un juego innecesario. Siguió el temario al pie de la letra y nos dictó cientos de líneas que teníamos que apuntar en nuestros cuadernos adornadas con subrayados rojos. Nunca nadie volvió a reír en la clase de español.

Era viernes, el día en que llevaría la carta con 67 firmas a la profesora Hernández. Sin embargo, aún me faltaba una que tal vez no era necesaria para efectos prácticos, pero para mi espíritu de lucha era indispensable.

Me acerqué a Carlos con la carta en la mano. Sabía que más de un compañero había tratado de convencerlo.

—Ya casi todos firmaron —le dije.

—Bien por ti. Yo no voy a firmar.

Le di todos los argumentos que le había dicho a Rebe, más muchos otros en los que fuimos reflexionando sobre la marcha. Carlos no tenía ninguno para discutirme, simplemente no dejaba de repetir que “era inmoral”. Y eso

yo no sabía cómo rebatirlo. No firmó, pero estoy segura de que lo hice dudar, y aunque para mí no era suficiente, tenía al menos la tranquilidad de haberlo intentado.

Rebe y dos compañeros acudieron conmigo a la oficina de la profesora Hernández para entregar la carta. Llevaba el original y una fotocopia para que me la firmara de recibido, muy profesional yo. Ella nos hizo pasar; parecía que había estado esperándonos. Tomó la carta, pero ni siquiera la vio. Eso fue muy desconcertante para mí.

—¿No la va a leer?

—Ya sé lo que dice —dijo la profesora con una seriedad que nunca le había visto, y después nos invitó a salir de la oficina con uno de sus acostumbrados ademanes. Carlos estaba a unos metros de allí y nos vio caminar hacia el patio. Nos vio a los cuatro, pero me miraba solamente a mí. Y estoy segura de que había un mensaje de tristeza en su mirada.

La profesora Hernández había respondido mi carta antes de leerla. Cuando llegué a mi casa mis papás tenían el sobre en la mano.

“Promover el desorden y la rebeldía entre el alumnado” era la razón principal por la cual habían decidido expulsarme. “Dificultad para relacionarse adecuadamente” era otra de tan-

tas faltas menores. Era otra decisión de la Dirección y el comité de padres de familia. Una más que tampoco admitía lucha posible.

Después de escuchar la historia, el profesor Villarreal no dudó en admitirme de nuevo en la Benito Juárez. En ningún momento sentí temor de regresar. Todos mis amigos estaban en tercero, yo en segundo; lo que tanta angustia me había provocado antes, ahora parecía una nimiedad. Era preferible estar un año abajo de todos los compañeros que quedarme en una escuela que manejaba valores que yo no compartía. Ahora me sentía un poco menos tímida y un poco más valiente. Había aprendido a darle un peso más adecuado a las cosas, y me sentía feliz de estar de nuevo en casa. Las preguntas de mis ex compañeros que ahora volvían a serlo no se hicieron esperar. Y mi respuesta a todas era la misma. “Regresé porque supe pelear por lo que creo.”

Durante todos los sábados que siguieron fui sin falta al centro comercial, llevando siempre *El forastero misterioso* en mi bolsa. Pero tuve que esperar algún tiempo para que sucediera la afortunada casualidad que estaba esperando. Para entonces yo finalmente había apro-

bado el segundo de secundaria con todo y sus matemáticas.

Aquel sábado de verano fui al centro comercial con unos amigos de la escuela y sin mis papás. Eduardo estaba en la heladería, pagando un bote de helado para llevar. Al verlo me entró una emoción de esas que se sienten bien pocas veces en la vida. Mi primer impulso fue correr a darle un abrazo que lo tirara al suelo, pero como que no es muy fácil que uno le haga caso a sus impulsos primarios, caminé con toda calma hacia su mesa, con una sonrisa de esas que no se pueden controlar y que hacen que a una le parezca que se le ve la cara toda rara. Él sonrió igual al verme. Fue cuando lo abracé. Y como ya de por sí me sentía medio cursi, antes de separarme del abrazo me limpié unas lagrimitas que se me habían escurrido casi sin querer. Él estaba contento de verme, contento de verdad; me invitó a sentarme y pidió unos helados. Yo saqué el libro de mi bolsa y lo puse en la mesa. Él pareció extrañado.

—Vengo seguido y siempre lo traigo, porque es el único lugar donde podía encontrarte para devolvértelo.

Nos preguntamos sendos “¿Cómo te ha ido?” Él me contó que estaba dando clases en otra secundaria y la pasaba bien. Además estaba por

publicar su primera novela, que había ganado un premio.

Yo le conté que me había salido del Instituto Santa Fe a la mitad del año y que había vuelto a la Benito Juárez. Él cambió su sonrisa por un gesto de seriedad.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

Sin decir nada metí de nuevo la mano en mi bolsa. Saqué la fotocopia de la carta y se la di.

Eduardo empezó a leerla y me demostró que tenía la misma aversión que yo a la cursilería, porque no dejó salir un par de lágrimas que también se le querían escapar mientras pasaba las hojas de las firmas. Pero yo las vi, ahí estaban.

No dijo nada. Yo tampoco. Simplemente nos dimos un apretón de manos que significaba un pacto de amistad y nos despedimos.

—No te pierdas, niña —dijo él.

—Claro que no —dije yo.

Y no nos perdimos.

De esta historia han pasado ya algunos años. Yo finalmente logré dejar atrás las matemáticas para siempre: hoy estudio Letras en la universidad. Eduardo ha publicado tres novelas

importantes; es un autor muy respetado, y a nadie más se le ha vuelto a ocurrir ponerse a cuestionar sus valores. Y lo que es la vida, ahora, en mi penúltimo semestre, Eduardo es mi maestro de nuevo.

Y vaya, también sigue siendo mi mejor amigo.

Chimichurri

Norma Muñoz Ledo

A Norma Muñoz Ledo le contaron muchos cuentos cuando era pequeña. Después se imaginó los suyos y, años más tarde, decidió escribirlos. Ha publicado

Provolone y Gorgonzola (premio Antoniorrobes 1990) en la colección Río de Palabras, de SITESA; *Los cuentos de la casa del árbol* (primer lugar, serie blanca, premio Castillo de la Lectura 2000) en la colección Castillo de la Lectura; *El gran mago Sirasfi, Mamá Tlacuache* (segundo lugar en el V Premio Internacional del Libro Ilustrado Infantil y Juvenil) y *Zorrillo* en la colección El Barco de Vapor, de Ediciones SM, y *Matemágicas* en la colección Torre de Papel, de Editorial Norma (que no es suya, pero así se llama).

Esta escritora está inventando nuevas narraciones, porque está segura de que esto del cuento, es la historia de nunca acabar.

1

De niña, nunca tuve un animal. Mamá siempre decía que cuidarme a mí era suficiente trabajo como para andar pensando en mascotas. Pero cuando yo sea madre voy a dejar a mis hijos tener un animal. A mis trece años, hace tres meses que tuve la primera mascota de mi vida. Y fue por un accidente.

Todo empezó un lunes en que Chocho, Toño y yo nos quedamos en el salón a la hora de la salida. Tratábamos de ponernos de acuerdo para un trabajo en equipo. De repente, Toño nos sugirió fumarnos un cigarro.

—Ya sabes que aquí no se puede —le recordó Marcelino, a quien le digo el Chocho porque es chaparrito y muy blanco, como un chocho de homeopatía.

—Nadie dijo que íbamos a fumar aquí —contestó Toño.

—¿Entonces en dónde? —pregunté.

Toño nos miró con ojos de maquinación secreta, se paró y nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos. Chocho y yo caminamos detrás de él. Los pasillos estaban casi vacíos, sólo uno que otro alumno retrasado corría por aquí o por allá o algún profesor apurado que miraba su reloj y apretaba el paso para llegar al turno vespertino en otra escuela. Todos iban hacia la salida, nosotros hacia el tercer piso.

Toño caminaba con prisa y sin titubear. Sólo se detuvo al llegar frente a la puerta del laboratorio de biología. Antes de entrar echó un vistazo a ambos lados del pasillo para cerciorarse de que no había nadie. Chocho y yo nos mirábamos extrañados. La verdad, qué ocurrencias de ir ahí, todos sabían que los laboratorios estaban cerrados con llave. Pero para nuestra sorpresa, Toño le dio vuelta a la perilla y la puerta se abrió.

—¡Vengan rápido! —dijo.

Chocho y yo nos escurrimos dentro del laboratorio detrás de Toño.

—¿Cómo sabías que estaba abierto? —preguntó el Chocho.

Toño bostezó y estiró los brazos.

—En la mañana oí a la Geo decirle al conser-

je que la chapa estaba descompuesta y que tenían que cambiarla.

—Espero que no la cambien ahorita —dije, sintiéndome un poco nerviosa.

—No, Cecilita —dijo Toño, sentándose en uno de los bancos—. El conserje le dijo que hasta mañana iba a ver al director para pedirle el dinero de mantenimiento.

Chocho dejó su mochila en el suelo y se sentó en otro banco. Yo miraba todo el tiempo a la puerta, no me sentía tranquila. Está prohibidísimo entrar a un laboratorio cuando no está el maestro, se supone que todo lo que hay ahí es rompible, caro, y que algunas cosas son peligrosas.

—¿No es peligroso fumar aquí? —pregunté.

—¿Por qué? —dijo Toño torciendo la boca.

—Es que... no vaya a haber una sustancia que explote o algo así.

Toño recorrió el laboratorio con la vista y alzó las cejas.

—Échale un ojo a lo que hay aquí —dijo despreocupado.

Yo miré los estantes con atención. A pesar de haber estado ya dos años yendo a prácticas una vez a la semana, nunca me había fijado en todo lo que había. Vi varias peceras, una con peces grandes, otra con chicos, una más con ranas,

otra con tortugas, un insectario compuesto por círculos de plástico dentro de los cuales metíamos los bichos que íbamos encontrando. También había peceras más pequeñas con tarántulas y alacranes, y lejos de nosotros, por suerte, los odiosos fetos en formol. Que si uno de borrego, uno de cabra y otro de gato, además de un surtido de lombrices intestinales de diferentes longitudes, todos en sus respectivos frascos. Para mí eso era un himno al mal gusto y me chocaba verlos. Por último, a un lado de nosotros, estaban las jaulas de los cuyos. Cuando terminé mi recorrido visual, noté que Toño me miraba fijamente y eso me incomodó.

—¿Verdad que no hay nada que estalle, Cecilita? —me preguntó, mientras me ofrecía un cigarro.

—Bueno, yo nada más me fumo uno y me voy —dije muy seria.

La verdad, Toño no me hacía gracia. Chochó y yo habíamos sido amigos desde primero de secundaria, pero cuando empezamos segundo, nos dijeron que teníamos que hacer equipos de tres para todas las prácticas de laboratorio, y el profesor de física nos anexó a Toño, así nomás. Él sabía que nadie iba a quererlo en su equipo porque siempre está causando proble-

mas, así que nos lo pegó sin preguntar. Cuando reclamamos nos dijo que nosotros éramos muy tranquilos y que tratáramos de ser pacientes con él. Lo malo fue que Marcelino (cuando me enojo ya no le digo Chocho) se impresionó con el carácter bravucón de Toño y se pone muy sumiso cuando está frente a él.

Mientras me fumaba mi cigarro, me sentía todavía peor. Tanto que mi mamá me dice que no fume y yo ahí, fumando con esos dos. De regreso tendría que comprarme mis chicles de clorofila y al llegar a mi casa tendría que cambiarme el suéter y cepillarme el pelo cien veces al revés para quitarme el olor. Aún así, las mamás tienen un olfato que quién sabe cómo le hacen, siempre se enteran.

De pronto Toño dejó caer su mochila al piso y subió los pies sobre la mesa de prácticas, echándose para atrás en su asiento. Luego comenzó a hacer donas de humo. Yo sentía un poco de coraje, viéndolo tan quitado de la pena. El Chocho también quería hacerse el relajado, aunque yo sabía que en el fondo se sentía nervioso. En eso, uno de los suyos se apoyó en sus patas delanteras y asomó su cabeza por la parte de arriba de la caja de plástico donde los tenían. Venteaba al aire y nos miraba con curiosidad, de seguro nunca había olido el

humo del cigarro. Después empezó a hacer ruidos. ¡Cuiiiiic! ¡Cuiiic! ¡CUIIIC! ¡CUUIIIIC!

Los chillidos estaban subiendo de tono. El Chocho, Toño y yo intercambiamos miradas.

—¿Qué quiere éste? —preguntó Toño.

Para entonces yo ya había terminado de fumar y apagué mi cigarro. El cuyo quería algo, lo sabía. Mi lugar en el laboratorio estaba cerca de sus cajas y los había observado muchas veces. Normalmente están muy tranquilos y se mueven poco, pero cuando quieren algo, hacen ruidos y se ponen inquietos. Se me ocurrió sacarlo para ver qué le pasaba, así que lo cargué con cuidado y lo puse en mi mano.

—¿Qué tienes? —le pregunté, mientras lo llevaba a la mesa de prácticas.

En cuanto lo puse ahí, Toño bajó los pies y se alejó un poco.

—¡Me chocan los ratones! —exclamó molesto.

—¡No es un ratón, es un cuyo! —repliqué.

El cuyo caminaba sobre la mesa olisqueándolo todo, moviendo su nariz a cien por hora. Los tres lo mirábamos con curiosidad y él a nosotros.

—¿Tendrá hambre? —preguntó el Chocho mientras buscaba algo en su mochila. Por fin encontró lo que quería y le dio al cuyo un pedazo de plátano que el animal comió con gusto.

Mientras el cuyo comía, los tres nos acerca-

mos a observarlo. En eso, Toño bostezó estirándose.

—Qué animalejo más aburrido —dijo, con lágrimas en los ojos a causa del bostezo.

De pronto, Toño tomó el cuyo con la mano. Fue un movimiento tan rápido, que no pude decirle nada. Nunca se interrumpe a un animal que está comiendo. El cuyo forcejeó para zafarse de la mano que lo había capturado.

—¡Suéltalo! —ordené—. ¡No lo aprietes tan fuerte!

—Estos bichos aguantan —dijo Toño, mientras lo zangoloteaba.

Yo sentía que la sangre me hervía en la cara. Pero no era la única enojada. El cuyo se escurrió hacia arriba y de pronto mordió el dedo índice de Toño con todas sus fuerzas. Toño pegó un grito y abrió la mano. El cuyo estaba ferozmente pegado a su dedo. Chocho y yo mirábamos paralizados mientras Toño gritaba como loco.

—¡Quítenmelo! —aullaba—. ¡Me está mordiendo!

—¡Cálmate! —dije—. ¡Pon tu mano en la mesa! ¡Yo te lo quito!

Pero Toño no me hacía caso. Manoteaba como loco tratando de zafar el cuyo de su dedo. En una de esas agitó la mano con una fuerza

extraordinaria y el cuyo salió volando hasta el otro lado del cuarto. Yo corrí a ver qué le había pasado. Chocho me siguió. Y no hay que ser médico cirujano para reconocer cuando un animal ha estirado la pata. El pobre cuyo se había golpeado contra la pared y había caído muerto al suelo. Chocho y yo nos mirábamos, mordiéndonos el labio inferior.

—¡Auuuch! ¡Auuuuch! –chillaba Toño.

—¿Quieres callarte? –le grité furiosa—. ¡El cuyo está muerto, genio!

—¿Por qué me mordió? –preguntó Toño con cara de víctima.

—¡Porque no lo dejaste seguir comiendo! –intervino Chocho enojado, mientras levantaba el cuyo.

Toño nos miró retador, especialmente a Chocho. Él no acostumbraba hablarle así.

—Sólo espero que esté vacunado –dijo.

—¿Qué hacemos? –pregunté yo muy nerviosa, deseando para mis adentros que el cuyo *no* estuviera vacunado.

—¿Cómo que qué hacemos? –dijo Toño impaciente—. No hay de otra que dejarlo en su jaula y luego irnos de aquí. Nadie va a saber nada.

Chocho y yo nos miramos. Eso no estaba nada bien. Yo no dejaba de mirar el cuyo muerto.

—¿Qué te pasa, Cecilia? —preguntó Chocho—. ¿Quieres decirle a Geo que nos metimos en su laboratorio a fumar y encima matamos un cuyo?

—Yo no lo maté —dije.

—Yo no lo saqué de su jaula —tronó el Chocho.

—A mí ni me miren —se defendió Toño—. A *mí* no se me ocurrió darle de comer, ¿verdad?

Nadie podía jugar al inocente. Los tres teníamos la culpa. No quedaba de otra que dejar el cuyo muerto en su jaula. Mientras Chocho lo acomodaba en un rincón, yo limpiaba los alrededores con un *kleenex*.

—¡No exageres, Cecilia! —dijo Toño—. Nadie va a buscar huellas digitales, sólo es un cuyo muerto.

Yo sentí cómo rechinaban mis dientes mientras miraba a Toño, pero ya no dije nada más. Me dirigí a la puerta y ahí me detuve como estatua de hielo: unos pasos de zapatos de tacón se acercaban corriendo por el pasillo. Los tres los oímos claramente durante unos segundos que pasaron espesos como aceite de ricino. De pronto la puerta se abrió y nos encontramos frente a frente con la maestra Georgina. Estaba jadeando, se veía que había subido corriendo las escaleras. Al vernos ahí se sorprendió mucho.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó, pero no hizo

falta que nosotros respondiéramos. Nuestros rostros pálidos y el inocultable olor a cigarro nos habían delatado. La maestra apretó los labios y meneó la cabeza.

—Nosotros sólo... —dije yo, queriendo encontrar algo lógico que decir.

—Ustedes sólo vinieron a fumar aquí, eso es obvio —dijo ella muy molesta.

Chocho y yo nos miramos con vergüenza y suspiramos.

—Tengo prisa —dijo ella—. Vine por unos exámenes que olvidé aquí. Pero mañana nos vemos en la oficina del director a las 7:30.

2

A la mañana siguiente, Chocho y yo nos encontramos afuera de la escuela. Los dos estábamos cabizbajos.

—¿Le dijiste algo a tu mamá? —me preguntó.

—No. De todas formas, ella se dio cuenta de lo del cigarro y me regañó. Ya para qué le contaba lo demás. ¿Y tú? ¿Le contaste a alguien?

—A mi hermano grande —contestó el Chocho torciendo la boca—. Y me dijo que nos iban a expulsar.

Los dos torcimos la boca y caminamos arras-

trando los pies hasta llegar a la oficina del director. Ahí afuera ya estaba Toño, recargado en la pared y mirándose fijamente los pies. Apenas levantó la cara cuando nos acercamos y ni siquiera nos saludó.

De pronto se abrió la puerta de la oficina y Socorro, la secretaria, nos invitó a pasar.

—Ahorita viene el profesor Jiménez —dijo amablemente—. Pásenle.

Al entrar, los tres sentimos que el estómago nos daba la vuelta entera; sobre el escritorio del director estaba la jaula con el cuyo muerto.

—Ahora sí estamos fritos —dijo Toño.

El Chocho y yo nos miramos y vi el más puro miedo en sus ojos. Yo quería salir de ahí y correr hasta un lugar donde nunca nadie me encontrara. En eso se abrió la puerta y entraron el director y la maestra Georgina.

Yo no sabía con qué me sentía peor, si con el cuyo muerto o con la cara del profesor Jiménez. Él era muy buena gente. Era un poco gordito y siempre andaba sudando, con el nudo de la corbata flojo, en el corre y corre de aquí para allá. Y siempre era muy sonriente. Pero esa mañana estaba serio. No se veía enojado, se veía más bien triste. Y no tenía flojo el nudo de su corbata.

La maestra Georgina estaba muy seria y, ella sí que se veía enojada, con los labios apretados,

igual que el día anterior. El director se recargó en su escritorio y nos miró un momento a cada uno.

—Quiero que me digan qué pasó ayer en el laboratorio.

—Además, claro, de haberse metido a fumar ahí –intervino Geo.

Pasó un largo momento de silencio, nadie se atrevía a hablar.

—Sólo nos metimos a fumar –dijo Toño de repente, viendo al suelo.

—¿Y?, ¿qué pasó? –insistió el profesor Jiménez.

—Nada.

—Es muy curioso –comentó el director alzando una ceja—. Pero ni la profesora Georgina ni yo hemos visto nunca a un cuyo morirse por el humo del cigarro.

—Este cuyo se murió por un golpe –explicó Geo—. Cuando yo salí del laboratorio, a última hora, estaba vivo, y después de que ustedes se fueron, lo vi muerto en su jaula.

—Pensamos que quizás ustedes sepan qué le pasó –dijo el director.

Al ver el cuyo muerto me sentí muy culpable. Además, ellos ya sabían que nosotros habíamos sido, no tenía caso jugar a negarlo toda la mañana.

—Nosotros lo matamos —confesé. En ese momento sentí a mi lado izquierdo la mirada asustada de Chocho y del otro lado, la mirada de furia de Toño.

La maestra Georgina y el director nos miraban atónitos. ¿Por qué tanta sorpresa, si ya lo sabían?

—¿Así, nada más? —preguntó el profesor Jiménez.

—¡No! —gritó el Chocho con cara de pánico—. Fue un accidente.

—¿Quién lo mató? —preguntó la Geo viendo fijamente a Toño.

—Fuimos los tres —contesté.

—¿Los tres? —insistió la maestra sin despegar la vista de Toño.

—¡Fui yo! —gritó Toño—. ¿Ya están contentos? ¡Ya saben que fui yo!

Todos mirábamos a Toño. Era cierto que él había dado el golpe mortal y todos esperaban oír eso. Pero Chocho y yo también habíamos tenido algo que ver.

—Yo lo saqué de su jaula —dije quedito.

—Y yo... le di de comer —añadió el Chocho—. Cuando estaba comiendo, Toño lo agarró y el cuyo se enojó y lo mordió.

Todas las miradas cayeron otra vez sobre Toño.

—¡Sí! ¡Me mordió el animalejo! —dijo Toño

sin ocultar su enojo—. Y no me soltaba, así que agité la mano y salió volando contra la pared. ¿Por qué tanto relajo? ¡No es más que un animal! ¿Qué más da?

—¡Era mucho más que un animal! —exclamó el director.

Todos, incluida Geo, lo miramos sorprendidos. Hasta Toño quitó su cara de me vale. El profesor Jiménez estaba todo rojo y respiraba agitado.

—¡Era más que un animal! —dijo acaloradamente, mirándonos a los tres—. ¡Era un material del laboratorio de *su* escuela! ¡Era una mascota que la maestra Georgina *quería*! ¿Y saben qué es más importante?: Era un ser *vivo*.

Los cuatro (Geo seguía incluida) estábamos petrificados. Nunca lo habíamos visto tan enojado. Poco a poco se fue calmando y caminó hacia la ventana.

—Me imagino que saben que todo acto tiene una consecuencia —dijo, mirando al patio.

—Sí —dije yo tímidamente, esperando ya lo peor.

—Sólo escuché una voz.

—Sí —dijimos ahora los tres, un poco más fuerte.

—¿Cuál será la consecuencia de este acto? —preguntó, dándose vuelta para mirarnos.

Nadie dijo nada. Los tres pensábamos en

una misma respuesta y nadie se atrevía a decirlo.

—¿Cuál será la consecuencia? —preguntó de nuevo.

—Expulsarme —dijo Toño de pronto.

—Expulsarte... —repitió el director entrece rrando los ojos, como si esa fuera la última opción en la que él pensaba—. Sería demasiado fácil para ti. Además, de hacerlo, expulsaría a los tres. Sí, tendrían que encontrar lugar en cualquier escuela que aceptara corridos a medio año, quizá tuvieran que repetir el curso, pero sería muy fácil a la larga.

El profesor Jiménez miró al Chocho.

—¿Alguna idea, Marcelino? —le preguntó.

El Chocho sólo negó con la cabeza, nervioso. Entonces, el director me miró a mí.

—¿Se te ocurre algo, Cecilia?

—No sé... —dije titubeando—. ¿Un castigo?

—¿Un castigo? —dijo, repasando la palabra como si fuera algo muy raro—. Dice una ley de la física que a toda acción corresponde una reacción de igual magnitud pero en sentido contrario. Prefiero pensarlo así.

El director nos miró a los tres largamente. Luego miró a Geo y se hicieron una seña con la cabeza. La maestra salió un momento de la oficina y regresó con otra jaula que tenía un

cuyo bastante gordo adentro y la puso sobre el escritorio del director. Todos lo miramos muy serios y sin decir ni pío.

—¡Ejem! –carraspeó el profesor Jiménez–. Se preguntarán qué hace aquí este animal.

Los tres lo miramos con ojos de plato tendido.

—Bueno. Este cuyo, o mejor dicho, cuya, era la pareja de Napoleón, o sea, el cuyo que falleció.

El director hizo una pausa para mirarnos muy fijamente y continuó:

—He pensado en esto y creo que sería interesante que ustedes se la llevaran a su casa y la cuidaran durante los próximos 15 días.

—No sé si sea buena idea –intervino Geo, un poco nerviosa–. En su estado y luego si estos muchachos no la cuidan bien...

—Permítame, maestra –interrumpió el director–. Yo confío en ellos. Creo que no mataron al cuyo por maldad, fue un accidente. Pero *algo* tenemos que hacer. Si los expulsamos, así nada más, sólo se irán resentidos. En cambio, si cuidan de esta cuya pueden... aprender cosas.

—¿Por qué está tan gorda? –pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque está embarazada –contestó el director muy tranquilo–. Tiene siete semanas de embarazo.

—¿Y... cuánto dura su gestación? —dijo el Chocho con un hilo de voz.

—Entre 9 y 10 semanas —contestó Geo—. Por eso estoy preocupada. Si ustedes no la cuidan bien, la cuya y sus bebés pueden morir. Y es la primera vez que logramos que una cuya se embarace. Además, existe la posibilidad de que los bebés nazcan cuando la cuya esté en casa de alguno de ustedes...

El Chocho, Toño y yo intercambiamos miradas asustadas. Toño suspiró con resignación.

—No es para tanto, muchachos —dijo el director—. Cuidar un cuyo es bastante fácil, sólo hay que estar pendientes de su comida y de que su jaula esté limpia. Es todo.

—Y de hacerle un poco de caso, porque esta cuya es muy sociable y le gusta que le hagan caso —añadió Geo.

—¿Y el parto? —pregunté.

—Me gustaría estar presente —recalcó la maestra—. Ustedes tendrán que llamarme cuando suceda y yo iré.

—¿Y si es en la madrugada? —pregunté, pensando en mi mamá parada de pestañas de ver ahí a la Geo a las tres de la madrugada para atender a una parturienta.

—No importa, yo voy.

—¡Para la maestra Georgina los animales son

como hijos! –exclamó el director–. Pero de cualquier forma, la responsabilidad será de ustedes.

—Y si... ¿algo no sale bien? –preguntó Toño sin mirar a nadie a los ojos.

—¿Qué quieres decir, Toño? –dijo el director mirándolo intensamente.

—Bueno... los animales no duran para siempre –replicó Toño.

—Quince días no es una eternidad –repuso el profesor Jiménez–. Un animalito de éstos, bien cuidado, dura más que eso. Les estamos entregando una cuya sana. Embarazada, sí, pero en perfecto estado de salud. Y quiero que la devuelvan igual. Cada uno de ustedes la cuidará por cinco días. Es su decisión si quieren hacerlo juntos o cada quien por su lado. Pero deben atenderla y cuidarla exactamente como les indique su maestra.

—¿Qué pasaría si falláramos? –pregunté–. ¿Y si la cuya se nos muere?

—Les permitiría terminar el curso –contestó el director muy serio–. Y tendrían que buscar escuela nueva para el próximo ciclo.

—Pero... pero... –el Chocho no lograba articular la frase–. ¿Y el parto? ¿Qué tal si se muere en el parto?

El director suspiró profundamente, miró a Geo y meneó la cabeza.

—En ese caso, ya se vería. Mientras tanto, la maestra Geo, yo mismo y también alguien más, quizás algún pariente, estaremos pendientes de todo lo que ustedes hagan. Si descuidan a la cuya, lo sabremos de una forma u otra.

Chocho y yo nos miramos con angustia otra vez. Toño no dejaba de ver al suelo.

—¡Bueno! —exclamó el director extendiendo hacia nosotros su mano derecha, donde se encontraban tres papелitos doblados—. Ahora, cada quien saque un papel. El que diga uno, lo cuidará los primeros cinco días, y así, obviamente, al que le toque el tres deberá tener mucho cuidado porque la cuya estará a punto de dar a luz.

Chocho y yo desdoblamos nuestro papелito con fingida calma. Toño ni se molestó en hacerlo.

—¡Uno! —gritó Chocho contento.

—¡Dos! —dije, sintiendo un alivio repentino.

Toño nos miró con cara de fastidio.

—Supongo que me tocó el tres —dijo torciendo la boca.

A Geo se le escapó un suspiro de decepción que se oyó hasta la calle. El director la miró con seriedad y luego se dirigió a nosotros.

—Está bien, muchachos, a la hora de la salida la maestra Georgina les dará las instruccio-

nes y Marcelino se llevará la cuya. Que tengan buen día.

3

Faltando 15 minutos para la hora de la salida, Geo nos mandó llamar al laboratorio. Ahí nos dio una bolsa grande llena de aserrín y una lista con varios puntos que yo leí en voz alta:

1. Colocar agua limpia en su traste todos los días por la mañana.

2. Se le pone alimento fresco por la mañana y por la noche: le gustan las semillas de girasol, la lechuga, el pepino, la zanahoria, y cualquier fruta (en especial la pera). Hay que retirar el alimento que no se haya comido.

3. Cada tercer día hay que limpiar su jaula, sacando todo el aserrín sucio y poniéndole limpio. Esto es muy importante, porque la suciedad los deprime.

4. Hay que estar pendiente de la cuya durante el día, hablarle, sacarla a pasear un rato y acariciarla con cuidado en la nariz y en el pescuezo.

5. Cada quien debe tenerla cinco días y atenderla perfectamente. Esto será supervisado por medio de visitas a domicilio y de observadores voluntarios.

Atentamente, Profesores Mario Jiménez y Georgina Escamilla.

—¿Observadores voluntarios? —preguntó Chocho con cara de angustia.

—Ya se lo había dicho el profesor Jiménez. Alguien va a vigilar que *cada uno de ustedes* haga las cosas bien —explicó Geo con cara de pocos amigos.

—¿O sea que nos van a espiar? —dije.

—Algo así —contestó Geo—. Bueno, ya tienen todas las instrucciones. Traten de cumplirlas, no es nada del otro mundo.

—La cuidaremos lo mejor posible —aseguré.

—Eso espero —comentó desanimada Geo y luego, mirando a Toño, añadió:— Aquí está apuntado mi teléfono. No dejen de hablarme cuando la cuya empiece a tener sus bebés, si es que llegamos a ese día.

Le dio una tarjeta a Toño, dio vuelta a la llave en la recién estrenada chapa de la puerta del laboratorio y se alejó caminando por el pasillo.

Nosotros tres nos quedamos ahí parados, viéndola irse.

—¡Miss Geo! —grité, cuando ella estaba a punto de dar la vuelta al final del pasillo— ¿Cómo se llama la cuya?

—¡Chimichurri! —contestó, y se fue.

—¡Chimichurri! —repitió el Chocho— ¡Qué nombre!

—Es ridículo —dijo Toño.

Los dos lo miramos. Tenía cara de fastidio.

—¡Todo esto es ridículo! —continuó—. ¡Yo no voy a cuidar a esa... cosa!

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se echó a caminar hacia las escaleras, y se fue.

—Cecilia —dijo el Chocho—. No estoy seguro de que yo... bueno... ¿me puedes ayudar?, ¿puedes venir en la tarde a mi casa y ayudarme con... la cuya?

—Sí te ayudo, Chocho, pero hoy no puedo. Y mañana tampoco. Mi mamá me pidió que le ayudara con un trabajo. Pero mira, no es difícil, tú puedes solo. Sólo hay que seguir las instrucciones.

El Chocho asintió sin decir nada, pero por su cara yo comprendí que sentía que el mundo se le venía abajo. Le ayudé a cargar su mochila hasta la puerta de salida, ahí estaba su hermano en su volcho, esperándonos. Los martes siempre iba por nosotros. Cuando lo vio llegar con la jaula abrió los ojos sorprendido.

—¿Qué hacen con ese cuyo? ¿Otra de las lecciones del profesor Jiménez? ¡Ja!

Arrancamos ruidosamente y el coche avanzó dando tumbos.

—¡Ten cuidado! —exclamó el Chocho molesto—. Está embarazada.

—¿Quién? —preguntó el hermano sonriendo, mirándonos a la cuya y a mí.

—¡La cuya, babas! —dije.

—¡Ah! —repuso, suspirando exageradamente.

Mi casa queda de camino. Cuando me bajé del coche, le deseé mucha suerte al Chocho. Mi mamá ya había llegado y salió a recibirme.

—¡Qué bueno que llegaste! —me dijo—. Vamos a empezar, tenemos que hacer 1 500, ¡tres bodas y dos bautizos!

Comimos algo rápido, yo estaba muy callada. Luego, empezamos nuestra labor. Mi mamá trabaja con una amiga de ella que tiene un servicio de banquetes. En algunos eventos, la gente pide tarjeteros para colocar el nombre de cada persona en su lugar. Y mi mamá los hace de pasta de sal. Para las bodas hace palomitas o campanas y para los bautizos angelitos. La verdad, es mucho trabajo. Todavía recuerdo con espanto las últimas vacaciones de invierno: tuve que ayudarle a hacer 2 000 flores de nochebuena para la cena de fin de año de una empresa muy grande. Amasando la pasta y formando las figuras, el tiempo se pasa volando. Mientras hacíamos las palomas pude contarle a mi mamá todo lo que había pasado.

No se enojó, sólo me dijo que estuviera tranquila y que cuidaríamos a la cuya lo más que pudiéramos. A las 9 de la noche, sonó el teléfono. Era el Chocho. Me sentí un poco culpable de no haberme tomado ni siquiera tres minutos para hablarle y ver si habían sobrevivido Chimichurri y él.

—¿Cómo vas? –le pregunté.

—¡Más o menos!

—¿Por qué?

—Su jaula está limpia, su comida también, pero está en una esquina y no quiere comer. Y casi ni se mueve. Y además, mi mamá está atacada, dice que es alérgica al pelo de animal.

—¡Haz algo, Chocho! –le imploré.

—¿Qué hago?

—¡Pues hazle caso!

—¿A mi mamá?

—¡No! ¡A Chimichurri!

—¿Cómo?

—Platícale o hazle cariños.

—¡Me da cosa!

—¿Qué?

—Bueno... voy a ver qué puedo hacer. ¡Ay, Ceci! ¡Hubieras venido!

—¡No puedo, Chocho, te dije!

—Pero mañana...

—Tampoco creo que pueda –le dije, viendo

la mesa del comedor y todo el suelo, cada vez más llenos de charolas repletas de palomitas.

—¿Y si se muere?

—¡No se muere, Chocho, échale ganas! —le dije, desesperándome un poco.

—¿Y mi mamá? ¡No para de estornudar por toda la casa!

—¡Son sólo unos días! Que se tome una pastilla contra las alergias.

—¿Y si mejor lo llevo a tu casa?

—¡Claro que no! Acuérdate de los observadores voluntarios.

—¡Ay, sí, es cierto! ¿Quién será el mío?

— A lo mejor soy yo y voy a tener que decir que me lo quieres traer antes de los cinco días.

—No lo harías.

—¡Claro que sí! ¡Échale ganas, Chocho, tengo que colgar!

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Cuando colgué, me sentí cansada. Me senté en una silla de la cocina y bostecé. Mi mamá se paró de la mesa, me hizo un chocolate caliente y me mandó a dormir. Y la verdad, dormí como un lirón, sin acordarme para nada del Chocho ni de Chimichurri.

Al día siguiente, Chocho llegó pálido a la escuela. Todo el tiempo hablaba de Chimichurri.

Que seguía en una esquina de la caja, moviéndose poco y sin comer.

—¿Estás seguro de que está limpia su caja? —pregunté.

—Pues... sí. Ayer nos la dieron limpia, ¿no? Y si se le cambia el aserrín cada tercer día, le toca hasta mañana —dijo Chocho muy convencido.

—Eso nos dijeron, pero a lo mejor está triste porque está sucia.

—Pero Ceci, ¡es un animal!

—Los animales tienen instinto, Chocho, ¿qué tal si ya va a tener a sus hijos y quiere su caja muy limpia?

—Pero, me da mucha ansia cargarla, ¿qué tal si me muerde?

—No muerde, es muy tranquila.

—Napoleón sí era mordelón. Ya me han dicho varios que los había mordido.

—¿En serio?

—Además está toda gorda, creo que si la cargo hasta le voy a sentir los hijos y eso me da mucha ansia.

—¡Por eso no come, Chocho, porque le haces el fuchi! —dije—. Imagínate qué sentirías si nadie te quisiera tocar.

—Pero es un animal, Ceci.

—Los animales también sienten, Chocho, si no son de hule.

Después de nuestra plática, Chocho apenas habló el resto del día. Lo único que comentamos más tarde era que no habíamos visto a Toño desde la mañana. Aunque llegó a la escuela, no entró a ninguna clase.

Después de comer, mi mamá y yo todavía teníamos que hacer 200 palomitas y 200 angelitos amarillos, azules y rosas y envolver las charolas de lo que ya estaba listo. Empezamos a trabajar, pero a media tarde pensé en Chocho y me sentí muy preocupada. Si Chimichurri no comía, se iba a morir y a nosotros nos iban a expulsar sin remedio. Como estaba nerviosa, me distraje y me equivoqué con las alas de cinco angelitos. Mi mamá las corrigió.

—¿Pasa algo? —preguntó mi mamá.

—Es que Chimichurri no quiere comer. A Marcelino le da ansia su panza y casi no quiere tocarla. Y nos dijo Geo que a Chimichurri le gusta que la consientan.

Mi mamá se quedó pensando un momento.

—Para algunas personas no es fácil cuidar de alguien más —dijo al fin.

Entonces, yo me quedé pensativa y de pronto sentí una punzada de tristeza.

—¿Papá me... cuidaba? —pregunté.

—Claro que sí —dijo mamá sonriendo—. Papá te adoraba, no pensaba en él. Pero he visto al-

gunas madres que, cuando nace su bebé, no saben muy bien qué sentir y el instinto maternal tarda un tiempo en aparecer.

—Mamá, pero Chocho es niño —dije.

—En los hombres también hay un cierto instinto de cuidar a sus crías.

—¿En serio?

—De verdad.

—Pero mamá, Chimichurri no es cría de Chocho.

—Bueno, tiene que cuidar de ella, ¿no?, tiene que ver que esté bien todo el tiempo, que coma, esté limpia y hasta que esté contenta. Cuando tienes un hijo, es lo mismo.

Mientras se horneaban los últimos 200 angelitos, le ayudé a mi mamá a envolver las demás charolas. A las 9 en punto me fui a dormir. Chocho ya no me habló por teléfono y yo no dormí nada bien.

Al día siguiente, cuando llegué a la escuela, iba decidida a hablar con el Chocho sobre el instinto maternal, pero él no llegó. Me imaginé que llegaría más tarde, a veces lo hacía, pero cuando vi que no se iba a aparecer, yo no pude pensar en nada más: la cuya se había muerto y Chocho no había querido dar la cara. A la hora de la salida fui a su casa de volada a ver qué había pasado. Al llegar, su mamá me

abrió la puerta. Tenía los ojos y la nariz hinchados y enrojecidos y moqueaba como si tuviera le peor gripa.

—¡Ceci! ¡Qué suerte que vienes! ¿Ya te toca llevarte a la cuya? —me dijo.

—No. Faltan dos días.

—¡Dos días! ¡Válgame Dios! ¡Es lo mismo que dice Marcelinito! ¡Y yo con esta alergia! ¡Y todo este problema por andar fumando! Yo ya se lo he dicho, si fuma se va a quedar chaparro. Pero, ¿a quién se le ocurre fumar en un laboratorio? Desde que se junta con Toño, han pasado puras cosas malas...

—¿Puedo ver a Marcelino? —dije, sabiendo que si no abría yo la boca no me dejaría hacerlo nunca.

—Claro, hija, claro, está en su cuarto, no ha salido en todo el día.

Fui corriendo al cuarto del Chocho y abrí la puerta como lo haría un tornado. Chocho volteó asustado. Estaba cargando a Chimichurri.

—¡Ah! ¡Hola, Ceci!

—¡Chocho! ¿Por qué no fuiste hoy? ¿Está bien ella? —pregunté.

Chimichurri parecía estar muy bien. Al acercarme me miró y me olfateó, haciendo un ruido chistoso, chuic-chuic-chuic, como si masticara algo. Chocho la miraba orgulloso.

—¿Qué pasó? —le pregunté, sabiendo que ahí había pasado algo.

—En la mañana no había comido nada cuando me desperté. Y respiraba muy rápido. Entonces, pensé en lo que me dijiste, tenía que cambiarle el aserrín. Pero para eso tenía que sacarla de su jaula.

—¿Y la cargaste?

—¿Qué otra? La cargué con mucho cuidado, me daba cosa su panza y la puse en el suelo mientras limpiaba la jaula. Cuando la busqué se había escondido, estaba en una caja vieja de zapatos. Entonces pensé que a lo mejor le gustaba la oscuridad.

—¿Y qué hiciste?

—Corté un pedazo de la caja para hacerle una casita. Y cuando la iba a meter otra vez a la jaula, la cargué y bueno... le hice unos cariños en el pescuezo —dijo el Chocho apenado.

—¿Y entonces? —pregunté, abriendo los ojos.

—Empezó a hacer este ruido. Luego la puse en la jaula y se fue derecho a comer.

—¿Ya ves? Le hacía falta un poco de caso —le dije, satisfecha de haber tenido la razón.

—Yo pensaba que Geo y tú estaban locas.

—¡Chocho!

—¿Te quedas a comer?

—Voy a hablarle a mi mamá.

Durante la comida, a la mamá de Chocho le lloraban los dos ojos como si estuviera viendo la película más triste y moqueaba que daba pena. Pero eso no le impedía hablar hasta por los codos. Después, en la tarde, Chocho y yo sacamos a Chimichurri a caminar al pasto. Lo hacía con cierta dificultad porque la verdad es que su panza crecía por minuto, pero le gustaba meterse atrás de las plantas y morder el pasto.

—¿Cómo va tu cuya? —dijo de repente su hermano—. Yo creo que ya hizo bastante ejercicio. Métela en su jaula.

Chocho lo miró extrañado.

—¿Y a él qué le importa? —me dijo en voz baja.

Mientras Chocho y yo metíamos a Chimichurri a la casa, vi que unas cortinas se movían, como si alguien que espíara se hubiera escondido de repente.

—¿Quién será tu espía? —dije.

—Mi hermano, estoy seguro —contestó Chocho—. Todo el día anda viendo qué hago con la cuya.

Al día siguiente, Chocho y Chimichurri no tuvieron ningún problema. Después era sábado y era el día que me llevaría a la cuya. Mi mamá me llevó a la casa de Chocho a recogerla. Cuando llegué, toda la familia estaba reunida.

Chocho me entregó la jaula perfectamente limpia, con la comida recién puesta. Parecía un poco triste. Su hermano se veía contento y su mamá moqueaba peor que nunca. El papá sonreía burlón.

—Qué bueno que ya se llevan la cuya. Desde cinco días las sopas me saben más saladas —dijo.

—Adiós, Chimichurri —se despidió Chocho muy serio, haciéndole un cariño en la cabeza.

Cuando llegamos a casa, puse a Chimichurri en mi cuarto. Mi mamá me ayudó a acomodar la jaula en un buen lugar.

—Estás bonita —le dijo mi mamá. Y la verdad es que sí estaba chistosa. Tenía varios colores: su lomo era negro, sus patas de atrás, café, sus patas delanteras, blancas. Alrededor de cada ojo, su pelo formaba unos círculos como si usara anteojos, un círculo era café y el otro, negro, y también tenía una oreja café y la otra negra.

La verdad, Chocho había hecho un buen trabajo. La cuya me tenía confianza, comía bien y se escondía en su casa de caja de zapatos cuando quería descansar. Yo iba a verla cada 15 minutos. A veces, ni cuenta se daba de que yo me acercaba, pero otras veces, cuando me veía venir, hacía ¡Cuiic! ¡Cuiiic!, y entonces le hacía

unos cariños en su pescuezo. La pobre estaba cada vez más gorda.

—Me da cosa, mamá. Está gordísima —dije—. ¿Así estabas tú cuando yo iba a nacer?

—Más gorda.

—¿De verdad?

Mamá soltó una risa.

—No. La verdad es que la cuya está impresionante. Parece coneja.

—¿Te sentías mal cuando estabas embarazada?

—¿Mal? No. Bueno, a veces estaba cansada, muy cansada.

—¿Y los últimos días?

—Esos sí son incómodos. No me acomodaba ni parada, ni sentada, ni acostada.

—Y el parto... ¿duele? —pregunté.

—¡Claro que duele! Pero... se olvida. Además, el embarazo y el parto son lo de menos —dijo mi mamá, quedándose pensativa de repente.

—¿Cómo que son lo de menos? —dije sorprendida.

—La maternidad no sólo es tener a un bebé en la panza y que nazca —contestó mi mamá—. La maternidad empieza después, cuando alguien depende de ti y lo tienes que cuidar y hacer feliz.

Durante un rato, miré a mi mamá sin decir nada. Por primera vez en mi vida, pensé que debió haber sido duro para ella. Viuda, con una hija de dos años, sin carrera. Había hecho muchas cosas para pagar mi escuela y la renta del departamento, y además, tenía que cuidarme.

—¿Alguna vez tuviste ganas de meterme en una jaula, como a la cuya? —pregunté.

—Pues... sí —contestó mi mamá, riéndose—. Cuando tenías como tres años eras tremenda. No podía dejarte sola ni un segundo. En esos días yo hacía arreglos florales para una florería. A veces había tantos pedidos que tenía que traerme a la casa las cosas para hacerlos, y era tanto el trabajo que no podía cuidarte. Un día vino un vecino a tocar la puerta y me dijo: “Señora, ¿no es su niña la que está asomada por el balcón?” Fui corriendo y ahí estabas, habías puesto un banquito para asomarte a la calle y te impulsabas con los pies. ¡Ay! ¡Qué susto, creí que te caías!

Fui a ver a Chimichurri. Ella estaba metida en su casa, así que me acosté en mi cama. No podía dejar de pensar en mi mamá. Yo tenía 13 años. Ella tenía 21 cuando me tuvo. Ocho años más que yo. Cuatro años más que el hermano de Chocho. La misma edad que mi tía Verónica y ella se dedica a estudiar su carrera.

El sábado en la tarde, sólo salimos un momento al supermercado. En cuanto llegué, fui a ver a Chimichurri. El domingo, mi mamá me dijo que mi abuelita nos había invitado a comer, pero yo no quería dejar a la cuya. Estaba tan gorda que cada vez se movía menos. Le dije a mi mamá que mejor me quedaba en la casa. Ese día, Chocho me habló dos veces para ver cómo estaba Chimichurri.

El lunes, Chocho y yo hablamos todo el tiempo de la cuya. No pude evitarlo, pensé que éramos como los papás que hablan todo el tiempo de sus hijos. Ni siquiera nos fijábamos en lo que hacía Toño, que los últimos días había estado más callado y huidizo que nunca.

—¿Cómo le va a hacer Toño con Chimichurri? —me preguntó el Chocho.

—No sé —contesté, sintiendo una angustia repentina—. ¿Qué tal si la deja morirse?

—¡Pobrecita! ¿Crees que Toño sería capaz?

—No sé...

Ese día teníamos práctica en el laboratorio de biología. Al final, Geo nos mandó llamar a los tres. Toño bostezaba con cara de “cualquier cosa que me digan, me vale”.

—¿Cómo les ha ido con la cuya? —nos preguntó. Chocho y yo nos miramos.

—Bien —dijimos, asintiendo.

—Sé que Marcelino tuvo algunos problemas al principio, pero logró superarlos él solo. Y también sé que todo ha ido bien contigo, Cecilia.

Chocho y yo nos miramos desconcertados, ¿cómo sabía Geo esas cosas?

—Me dicen que la cuya está muy gorda y que cada vez se mueve menos –informó Geo. Ahora la nerviosa era yo. Me sentí observada. Geo continuó:

—Creo que el alumbramiento no va a tardar. Le sugerí al profesor Jiménez que Chimichurri se quede con Cecilia hasta que tenga a sus crías y después se la lleve Toño, pero no quiso.

Todos miramos a Toño, que no hizo ningún gesto y no miró a nadie.

—De manera que el miércoles en la tarde, Toño, voy a recoger la cuya en casa de Cecilia y la voy a llevar a tu casa.

Toño asintió.

—¿Han necesitado ayuda? –preguntó Geo, mirándonos a Chocho y a mí.

—Cecilia me dio un buen consejo –contestó inmediatamente Chocho.

—La verdad es que Marcelino la cuidó muy bien, miss –dije, mirando a Chocho.

—Bien –dijo Geo sonriendo—. ¿Y tú, Toño? ¿Crees que necesitas ayuda?

—No —contestó—. Puedo solo.

Geo, Chocho y yo nos quedamos muy serios.

—Espero que sí —dijo Geo—. También espero que tengas presente la consecuencia en caso de que falles. Acuérdate que los tres serían expulsados.

Toño nos miró con una sonrisa cínica.

—Bueno, si no hay más qué hablar, me despido, tengo prisa —dijo y, dirigiéndose a la puerta, se fue.

Geo estaba muy enojada y tenía sus labios apretados.

—De verdad espero por ustedes dos, muchachos, y por la cuya, que el profesor Jiménez no se equivoque.

Chocho y yo nos quedamos muy preocupados pero estuvimos de acuerdo en que no había nada que hacer. Si Toño tenía decidido fastidiarnos, lo haría.

Esa tarde, Chocho vino a ayudarme. Tenía que cambiarle el aserrín a Chimichurri y estaba tan gorda, que pensé que cargarla ya no era buena idea. Teníamos que pensar en algo para sacarla de la jaula. En la cocina encontramos una charola pequeña, de plástico. La pusimos en la jaula, frente a Chimichurri, y colocamos en ella un caminito de pedazos de pera. A la cuya le encantaban, así que se los fue comiendo uno

por uno y así se subió en la charola y Chocho pudo sacarla y platicar con ella mientras yo limpiaba la jaula. Cuando vi al Chocho haciéndole unos cariños en el pescuezo a Chimichurri mientras ella hacía ¡chuiic! ¡chu! ¡chu! ¡chuiic! de gusto, pensé que, algún día, Marcelino sería buen papá.

A las cuatro y media en punto, el Chocho se fue porque tenía cita con el dentista. Yo tenía muchas tareas atrasadas y me puse a hacerlas en mi escritorio, junto a Chimichurri. A las ocho, mi mamá me avisó que llegaría más tarde pues estaba ayudando a su amiga con los presupuestos de un evento. A mí me chocaba cuando mi mamá me hablaba para decirme que llegaría tarde, porque me sentía muy sola. Pero esa vez, cuando me llamó, no me sentí tan triste. Cené y me fui a dormir tranquila. La cuya no era mi mamá, pero me acompañaba.

El día siguiente, me levanté sintiendo una tristeza que se acomodaba en algún lugar de mi pecho y no me la podía quitar. En la tarde me sentí todavía peor. Me encerré en mi cuarto. Yo sabía qué pasaba. Me quedaba un día con Chimichurri y no estaba segura de volverla a ver después. De pronto, mi mamá tocó a la puerta de mi cuarto.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Sí —contesté.

Mi mamá entró y me miró desde la puerta.

—¿Pasa algo? —dijo.

Yo negué con la cabeza. Ella se acercó y se sentó junto a mí en la cama.

—Es por Chimichurri, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te encariñaste mucho con ella?

—Sí. No quiero que se vaya con Toño. No quiero que le pase algo.

—Dale chance a Toño.

Yo negué otra vez con la cabeza y sentí una tristeza que se me atoraba en la garganta.

—No llore mi niña —dijo mi mamá abrazándome—. De verdad no creo que Toño la deje morir.

—No lo conoces —repliqué—. No le importa que ella esté embarazada, estoy segura.

—¿Sabes una cosa, Ceci? —dijo mi mamá viéndome a los ojos—. Me sorprendes. Nunca has tenido un animal ni has cuidado de nadie más que de ti. Y sin embargo has sido muy buena mamá de la cuya.

—¿Por qué te sorprendes? —pregunté extrañada.

Mi mamá miró hacia la ventana y suspiró.

—No todo el mundo es como tú.

Yo no dije nada. Mamá se levantó, le hizo

unos cariños a Chimichurri y después caminó hacia la puerta. Yo la miraba con atención, sabía que estaba pensando en algo que no decía.

—Mamá... —la llamé.

—Dime...

—El otro día me dijiste que algunas mamás se sacan de onda cuando nace su bebé y el instinto maternal tarda en aparecer...

—Sí.

—¿A ti... te pasó eso cuando yo nací? —pregunté.

Mamá me miró a los ojos un momento y no dijo nada. Después, asintió con la cabeza. Yo me sentí muy mal. Ahí estaba la persona que más me había querido y cuidado en mi vida, diciéndome que cuando yo nací, no sabía qué hacer conmigo.

Unas lágrimas tibias me resbalaron por el cachete y me mojaron el cuello.

—Yo me casé muy joven —dijo mi mamá—. Pensaba terminar mi carrera y trabajar. Nunca pensé en embarazarme, pero pasó. Cuando naciste y te pusieron en mis brazos, me sentí muy feliz, pero también me sentí muy rara. Era como si hubieran amarrado un lazo entre tu mano y la mía, un lazo que nadie veía, sólo yo. A partir de ese momento, fuera a donde fuera, hiciera lo que hiciera, siempre dependerías de mí, siem-

pre tendría que ver por ti. Y yo sentía que era una carga muy pesada.

—¿Cuánto tiempo te sentiste así?

—Ceci, no quiero hablar de eso...

—Por favor dime, mamá.

—No sé, unos días. Papá y tu abuelita me ayudaban mucho contigo, yo casi no te cargaba. Pero una noche, estabas llorando muy fuerte y fui a tu cuna, te cargué, canté una canción y te calmaste. En ese momento supe que yo sería feliz si tú eras feliz.

Mamá se acercó y me abrazó muy fuerte. Las dos lloramos.

—¿Sabes algo? —me dijo—. *Todas* las cosas pasan por algo. Si yo no te hubiera tenido en ese momento, nunca te hubiera tenido. Y no puedo ni pensar en eso.

Al día siguiente, Chocho me acompañó a la casa después de la escuela. Juntos limpiamos la jaula de Chimichurri. Geo vendría por ella a las cuatro en punto para llevarla a casa de Toño y me había pedido que la acompañara. Yo pensaba que no era buena idea, pero ella insistió.

A las cuatro y media tocábamos el timbre en casa de Toño. Por una ventana que daba a la calle, se asomó una niña de aspecto desaliñado, de unos seis años. Pasó un buen rato, volvimos a tocar el timbre.

Casi cinco minutos después, Toño vino a abrir la puerta.

—¿Podemos pasar? —preguntó Geo.

Sin decir una palabra, Toño empezó a caminar hacia adentro, Geo lo siguió y yo cerré la puerta. Al entrar en la casa nos recibió un desagradable olor a encerrado. No todas las cortinas estaban abiertas y eso creaba una oscuridad deprimente.

—¿Dónde puedo ponerla? —preguntó la maestra.

—En el suelo de la cocina —indicó Toño con un movimiento de cabeza.

Los tres caminamos hacia allá. Sobre la estufa había varias ollas. Algunas ya no tenían nada, otras estaban a medias. En el fregadero se apiaba un altero de trastes sin lavar.

Geo le dio a Toño las instrucciones de cuidado de la cuya una vez más. De pronto me di cuenta de que la niña, que debía ser hermana de Toño, nos espiaba detrás de la puerta de la cocina, chupándose el dedo.

—Si necesitas algo —dijo al final Geo—, hablemos a Cecilia o a mí. Y no dudes en llamarme cuando empiece el parto.

Toño me miró y sonrió torciendo la boca.

—Todo esto te importa un comino, ¿verdad Toño? —dijo Geo.

—Bueno, no estoy obligado, ¿o sí? El director nos dio a cada uno la opción de decidir qué hacer.

—¿Qué dices?

—Es muy fácil: si escojo un camino, pasa una cosa, si escojo otro, pasa otra. Y soy el que puedo escoger por los tres.

—Toño, Marcelino y yo hicimos nuestra parte, *por los tres* —dije yo, sintiendo que los cachetes me hervían.

—Marcelino y tú siempre hacen lo que les dicen —replicó.

—¡Ya estuvo bien! —intervino Geo—. Haz lo que quieras, Toño.

Geo se encaminó hacia la puerta. Yo miré a Toño a los ojos y luego la jaula de Chimichurri. Junto a ella estaba la niña, sentada en cuclillas y viendo a la cuya con mucha atención. Caminé rápido para alcanzar a Geo y nos subimos a su coche. En todo el camino de regreso a mi casa, ella apretó los labios y ni dijo nada.

Al día siguiente, en la escuela, Chocho y yo nos sentíamos como en un funeral. Toño había llegado con la misma actitud cínica de todos los días.

Tuvimos práctica en el laboratorio de química y como estaba en nuestro equipo, no entró a la clase.

—¿Ya pensaste a qué escuela te vas a ir? —me preguntó Chocho.

—No pienses en eso —dije, aunque la verdad, Chocho tenía razón, era mejor ir pensándolo.

El jueves, Toño llegó un poco raro a la escuela. Estaba muy callado y distraído. Chocho y yo sabíamos que no tenía ningún caso preguntarle nada, pero temimos que lo peor había pasado o estaba por pasar.

—Si se muere Chimichurri, ¿crees que nos diga? —preguntó Chocho.

—¿Quién? ¿Toño? ¡Claro! Yo creo que hasta lo va a disfrutar —dije.

En el recreo, Chocho y yo hablamos seriamente de las posibles escuelas. En todo caso, lo mejor sería irnos a la misma, así no nos sentiríamos tan solos.

El viernes, Toño no fue a la escuela. Nos encontramos a Geo en el pasillo y le preguntamos si ella sabía algo, pero no sabía nada. Esa mañana pasó muy lenta. Al regresar a casa, me sentía muy triste. Mamá tenía que hacer 30 centros de mesa y andaba muy atareada, así que me fui a mi cuarto.

A veces está uno tan triste y sin ganas de pensar, que se duerme. Eran como las seis cuando mamá me despertó.

—Te hablan por teléfono —dijo.

—¿Quién?

—Toño.

Me paré de un brinco y corrí al teléfono. Estaba segura de que iba a decirme que Chimichurri se había muerto. Pero no. Me dijo que era muy urgente que fuera a su casa.

—¡Estoy ocupadísima, Ceci! —dijo mi mamá—. Pero ya es tarde. Te llevo a casa de Toño y te dejo ahí. Cuando quieras regresarte me llamas.

Mi mamá hizo tiempo récord a casa de Toño. Quince minutos después, estaba tocando el timbre. Esta vez, me abrió luego luego.

—¿Pasó algo? —pregunté.

—No sé —contestó Toño sin mirarme a los ojos.

Corrimos a donde estaba Chimichurri. Me hiqué a verla. Estaba echada de lado y respiraba agitadamente. El aspecto de sus patas de atrás era extraño, como si estuvieran separadas del resto de su cuerpo. Toño quiso acercar la mano a ella, pero la cuya le enseñó los dientes como un perro enojado. Yo acerqué mi mano hablándole quedito y aceptó unos cariños en el pescuezo. Para mi sorpresa, el aserrín de la jaula estaba limpio, su agua y su comida se veían muy frescas y era obvio que había estado comiendo, pues había semillas de girasol rotas y la fruta estaba mordisqueada. No podía creer-

lo. De pronto, oí un leve sollozo detrás de mí. La hermana de Toño estaba sentada en el suelo, llorando quedito.

—Es mi hermana Alejandra —dijo Toño.

—¿Se va a morir? —me preguntó la niña, con ojos tristes.

—No creo —dije—. Parece que va a tener a sus bebés.

—Ya le hablé a la Geo —comentó Toño sin mirarme—. Pero está ocupado su teléfono.

—No quiero que se muera —dijo Alejandra.

—Ve a tu cuarto un rato —le sugirió Toño—. Cuando salga el primer bebé te aviso.

Alejandra se limpió las lágrimas y se fue a su cuarto sin decir nada. Yo miré a Toño.

—Su jaula está muy limpia —observé—. Y su comida también.

—Lo de la comida no fui yo. Por mí, podía tener la misma comida ocho días. Fue Alejandra.

Lo miré sorprendida. Ella se veía muy chica.

—Sí. Mi hermana. A mí la cuya no me aguanta, cada vez que me le acerco me quiere morder. Pero Alejandra no se le ha despegado desde que llegó. Ayer en la noche me la encontré aquí dormida. Tuve que llevarla a su cuarto cargando.

—¿Y tus papás? —pregunté.

Toño torció la boca.

—Mi mamá llega a las nueve y media de la noche. Y mi papá, a las once. Yo tengo que hacerme cargo de Alejandra todas las tardes.

Miré a Toño sin decir nada. Hubiera querido preguntarle muchas cosas, pero no tenía la confianza.

—La cuido desde que ella tenía dos años. Antes nos ayudaba mi abuela, pero se fue a vivir a Guadalajara.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá trabaja todo el día y así le va a hacer siempre. ¿Para qué tienes un hijo si no lo vas a cuidar? Con ignorarme a mí era suficiente.

—A veces, las cosas pasan —dije, pensando en mi mamá.

—Pues sí pero, ¿yo qué culpa tengo? A veces no sé ni qué hacer con ella.

Pasaron unos minutos en los que nadie dijo nada. Sólo veíamos a Chimichurri.

—A mis papás les da igual si me corren de la escuela. Y a mí también. Pero Alejandra estaba muy contenta con la cuya. Hace rato le quiso lavar su jaula ella sola, pero cuando la cargó, la cuya pegó un chillido raro y Alejandra me pidió que la ayudara. La rodamos en una toalla y así la sacamos de la jaula para lavarla.

—Pobre Chimichurri. Está gordísima, ¿cuántos hijos crees que tenga?

—Parece un monstruo —comentó Toño—. Va a tener como 10.

En ese momento, la panza de Chimichurri se contrajo como si tuviera un largo hipo. A pesar de su gorda deformidad, hizo un extraño movimiento y con el hocico ayudó a salir al primer bebé cuyo. Yo esperaba ver un bicho sin pelo y con los ojos cerrados, como se supone que son la mayoría de los roedores cuando nacen, pero no: aunque tenía todo el pelo mojado, estaba peludo y sus ojos estaban bien abiertos, además se veía bastante grande. El cuyo estaba unido a su mamá por un cordón umbilical que Chimichurri cortó con los dientes como si lo hubiera hecho mil veces en su vida. Después comenzó a lamerlo con fuerza.

—¿Qué está haciendo? —dijo Toño con horror—. ¡Lo va a matar!

En eso, la cuya volvió a contraerse y otro cuyo comenzó a salir. Ella volvió a ayudarlo y a cortarle el cordón.

—¡Llama a tu hermana! —dije.

Toño pegó un brinco y fue corriendo a llamar a Alejandra, quien unos segundos después estaba junto a nosotros.

En cuanto vio a los cuyos pequeños, dio aplau-

sos de felicidad. Toño la miraba con una expresión de ternura que yo nunca le había visto. En eso, Chimichurri se encogió y un bebé salió sin necesidad de que su mamá lo sacara, seguido inmediatamente por otro que sí tuvo que jalar. Le cortó el cordón a uno y empezó a lamerlo, cuando salió otro más. Chimichurri se encargó del recién llegado y parecía haber olvidado al cuarto cuyo, quien seguía pegado al cordón umbilical y todavía tenía la membrana que su mamá le había lamido a todos los demás.

—¡Se le olvidó uno! —dijo Alejandra angustiada.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Alejandra quiso acercar la mano para empujar el cuyo hacia su mamá, pero Toño la detuvo.

—Mejor no lo toques —le dijo—. A veces se enojan.

—¡Pero se va a morir! —exclamó la niña.

Los demás bebés empezaron a moverse y a caminar por ahí, pero el cuarto cuyo parecía aletargarse.

—¡Pon agua a hervir y trae unas tijeras! —dije de pronto—. ¡Vamos a cortarle el cordón nosotros!

Toño puso inmediatamente una pequeña olla a hervir con un poco de agua y fue corriendo a buscar unas tijeras.

—¡Trae las más filudas que te encuentres!
—grité.

El agua hirvió en un santiamén y Toño llegó con las tijeras. Las hervimos como un minuto, muy nerviosos porque veíamos que el cuyo se movía cada vez menos. Alejandra se puso las manos en la boca con angustia. Sin mirarnos a ninguna de las dos, Toño sacó las tijeras con un trapo, las enfrió un poco y cortó el cordón de un solo tijeretazo. Después, cargó el cuyo suavemente y comenzó a limpiarle la cara con el trapo, con mucho cuidado. Ese cuyo era de colores, igualito a su mamá. Alejandra lo miraba encantada. Cuando terminó la limpieza, Toño puso al cuyo con sus hermanos y de inmediato comenzó a moverse junto con los demás. Todos estábamos observando. Toño sonrió satisfecho y su hermana lo abrazó.

Chimichurri lamía quién sabe qué tantas cosas alrededor de ella, mientras los bebés se encimaban unos a otros. Después, la cuya caminó hasta la otra orilla de la jaula y ahí se quedó quieta. Pasaron unos minutos en los que todos esperábamos que se acercara a amamantarlos, pero nada.

—¿Por qué no les da de comer? —preguntó Alejandra.

Toño se encogió de hombros. Yo sí sabía la

respuesta, pero no quería decírla. De pronto sonó el timbre. Toño fue a ver quién era y cuando oí la voz de mi mamá pegué un brinco y vi mi reloj: eran las ocho y cuarto.

—No me hablaste —me dijo—. Y... vine a ver si se les ofrecía algo.

—¡Nacieron los suyos, mamá! —grité.

—¡Qué bueno! —exclamó mamá, agachándose para verlos—. Hay uno igualito a su mamá.

—A ese lo salvó mi hermano —dijo Alejandra—. Pero la cuya no quiere hacerles caso.

—A algunas mamás hay que darles tiempo —repuso mi mamá, mirándome a los ojos—. ¿Por qué no lo celebramos? Yo invito una pizza.

Toño, Alejandra y yo sonreímos ante la idea y rápido buscamos el teléfono de la pizzería más cercana. Mientras llegaba la pizza, y quizá sintiéndose apenado por la presencia de mi mamá, Toño se puso a alzar la cocina. Mamá y yo le ayudamos.

Alejandra estaba muy pendiente de la familia de suyos y todo el tiempo fruncía las cejas de preocupación ante la negativa de Chimichurri de alimentar a sus hijos. La pizza llegó y nos sentamos a comerla. De pronto, Alejandra señaló a la jaula sonriendo.

—¡Miren! —exclamó.

Todos volteamos y vimos a Chimichurri echa-

da de costado, mientras los cinco cuyos se alimentaban a placer.

Cuando salimos de la casa de Toño, mamá y yo nos abrazamos.

—Tienes razón –le dije—. Las cosas pasan por algo.

4

El lunes siguiente, a las 7:30 en punto, Chocho, Toño y yo estábamos sentados en la oficina del profesor Jiménez. La jaula que contenía a Chichurri y su camada estaba sobre el escritorio.

—¿Qué creen? Ya averigüé algo de los observadores voluntarios –dije de pronto—. A mi mamá le tocó observar a Toño.

Toño sonrió levemente.

—Creí que lo de la pizza era desinteresado –dijo.

—¡Claro que sí! –dije, algo indignada—. Pero tenía que averiguar algo, ¿no? ¿Y tú, Chocho, quién fue, ya sabes?

—Fue mi mamá –contestó Chocho un poco nervioso.

—Yo no se a mí quién me observó –dije.

—Fui yo –intervino Chocho.

—¿Tú? –pregunté sorprendida.

—Yo no quería, Ceci. Pero fue muy fácil, te portaste muy bien.

—¿Y si me hubiera portado *mal*?

En eso, los pequeños cuyos empezaron a jugar tosco, jalándose las orejas y dando maromas unos sobre otros.

—¡Están grandísimos! —exclamó Chocho, aprovechando para cambiar el tema—. Y ya se mueven mucho.

Toño miraba satisfecho a los cuyos.

—Creo que voy a pedir que me regalen uno —dije.

—Alejandra también quiere quedarse con uno. Con el que es igual a su mamá —comentó Toño.

Yo sonreí. A mí también me gustaba ese cuyo, pero era claro que Alejandra sería más feliz de tenerlo.

—Yo no puedo tener uno. Mi mamá se la pasaría con gripa —explicó Chocho.

Hubo un silencio largo en el que nadie dijo nada, todos mirábamos a Chimichurri y a su camada. Los bebés tomaban leche, jugaban un poco y venían por más leche.

—En tres meses, ella ya no tendrá sus hijos y lo más probable es que ni se acordará de ellos —dijo Toño—. ¿Se imaginan que fuera igual con los humanos?

—Sería horrible —dijo Chocho—. Yo quiero a mi familia.

Toño se quedó muy serio.

—Yo no quiero tener hijos —dijo de pronto.

Sentí tristeza por Toño. Sabía por qué decía eso y pensé que no había nada que yo pudiera decirle.

—Yo me voy a esperar bastante —comenté al fin—. Y cuando los tenga, los voy a disfrutar todo lo que pueda.

En eso el director y Geo entraron a la oficina. Los tres nos acomodamos en las sillas y me preparé para oír un largo sermón. El profesor Jiménez se asomó a la caja de Chimichurri.

—¡Excelente! —exclamó—. ¿Cómo ve esto, profesora?

—¡Muy bien! Una camada excepcionalmente grande —observó Geo.

—Por eso estaba tan panzona —dijo Chocho.

—¿Puedo quedarme con uno? —pregunté sin rodeos.

El director y Geo se miraron.

—¡Claro! Contestó el director.

—Yo... yo también quisiera uno —dijo Toño mirando al director a los ojos durante un instante—. Es para mi hermana.

—Por supuesto —contestó el profesor Jiménez, mirando sorprendido a Toño, y añadió:—

Bueno, muchachos, los felicito, ahora vayan a sus clases.

Los tres nos miramos un poco desconcertados y nos levantamos de nuestras sillas con lentitud. Mientras caminábamos hacia la puerta, yo sentía que algo estaba faltando. Después de todo, habían sido 15 días importantes y difíciles. No sólo por el logro de que Chimichurri sobreviviera y tuviera a su camada, también por lo que su presencia nos había cambiado. Yo, al menos, había visto con claridad cosas que antes no me pasaban por la cabeza. Y estaba segura de que Chocho y Toño sentían algo similar.

—¡No está bien, profesor! —dije de pronto, dando la vuelta para verlo a los ojos—. Acabamos de pasar 15 días importantes con la cuya. Logramos que tuviera a sus bebés. Y no fue nada fácil. Pasaron muchas cosas. Yo sé que usted es una persona ocupada, pero está mal que nos mande a clases así nada más, sin decir nada.

El director me miró unos instantes a los ojos.

—Cecilia, *yo sé* que ha sido un gran logro el que esta cuya esté aquí viva y con sus hijos. Estuvo a punto de no lograrlo en *dos* ocasiones. Incluso, el cuyo que Toño se llevará a casa estuvo a un tris de morirse. Y *ustedes* lograron que

todo fluyera. Yo sé que estos últimos 15 días no han sido fáciles para ninguno de los tres. También sé que el paso de este animal por la vida de cada uno de ustedes dejó huella. No hace falta que *yo* diga nada, no hace falta que *ustedes* me digan nada. Pero si quieres saber qué pienso, te diría que me siento orgulloso. Cada vez que veo a un joven enfrentarse a un problema y vencerlo, me siento orgulloso de él o de ella, pero, ¿sabes qué es lo más importante? Que cada uno de ustedes se sienta orgulloso de sí mismo.

—Gracias. Es bueno oírlo —dije, sintiendo que un leve calorcito subía a mis cachetes.

—No pienses que este experimento fue inútil —continuó el profesor Jiménez—. Estoy seguro de que pasará el tiempo y ustedes lo recordarán. Además, se desprenden también acciones concretas. Pasado mañana vienen los papás de Toño. Creo que hay que hablar en serio sobre la responsabilidad de tener hijos.

Chocho y yo miramos a Toño. En su rostro casi siempre inexpresivo llegué a percibir un aire de alivio.

—Y ahora sí, es momento de ir a sus clases —dijo el director, abriéndonos la puerta él mismo.

Los tres nos despedimos y caminamos a nues-

tro salón. No nos dijimos una palabra, pero cada quien sabía que el otro estaba ahí, junto.

Y yo seguí sintiendo, por días, un calor alegre en mis cachetes.

La primera reimpresión de *La huelga, Unidad Lupita, Tarde o temprano iba a empezar la lluvia* y *Chimichurri* terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280 México D. F., en el mes de agosto de 2005. El diseño es obra de Areli Jiménez Ramírez, la formación la realizó Verónica Andrea Rosas Mercado, la ilustración de portada es de Alberto Nava y el cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibareguren. El tiraje fue de 6 mil ejemplares impresos en papel cultural de 90 gramos y forros en cartulina couché mate de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Bodoni y Garamond.